

DOMINGO S. DE LA ROSA

RECUERDOS DE LA GUERRA

1899 A 1902

CAUCA Y PANAMA



IMPRENTA DEL DEPARTAMENTO
BARRANQUILLA

Recuerdos de la Guerra
de
1899 A 1902

por

DOMINGO S. DE LA ROSA



CAUCA Y PANAMA

(Prólogo del Doctor Guillermo Andreve

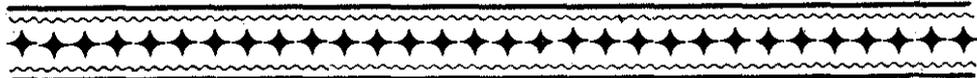


IMPRESA DEPARTAMENTAL

BARRANQUILLA



DR. GUILLERMO ANDREVE



PROLOGO

Es para mí motivo de íntima satisfacción el que mi cariñoso amigo, el firme e invariable liberal que es el General Domingo S. de la Rosa, hubiese accedido a mi amable excitativa de publicar sus recuerdos de la última guerra colombiana; y lo es de viva gratitud que aceptara mi oferta de escribir este prólogo. No es para menos, porque con lo primero hace él luz sobre hechos acaecidos en las campañas de Panamá y del sur del Cauca, que son poco conocidos, y especialmente sobre la ocupación de Colón por las fuerzas liberales en noviembre de 1901; y porque con lo segundo me proporciona la oportunidad de mostrarle una vez más la sinceridad de mi cariño y de mi aprecio; la de unir mi nombre al de los pocos que aún recuerdan esos días tormentosos pero vividos con fé y con amor en los destinos del liberalismo, y alentados por un generoso espíritu de sacrificio que no parece animar mucho a las nuevas generaciones; y, muy especialmente, porque me da ocasión para hablar una vez más como liberal y sobre cuestiones que al liberalismo interesan.

Mi amistad con el General de la Rosa es anterior a nuestro compañerismo político. Vivía su familia en la ciudad de Panamá, mi tierra querida, y por los años de 1893 o 1894 tenía su residencia cerca de la mía, en la llamada entonces Plaza del Triunfo y hoy Plaza de Herrera. Componían esa familia un valiente luchador en el campo del trabajo, don José D. de la Rosa; su esposa, la venerable, ilustrada matrona doña Ana Rosa C. de de la Rosa; sus hijas Heloísa, María y Olimpia, solteras, y Micaela, casada; y sus hijos Domingo Salvador, José Antonio, a quien no conocí, Ulises, Moisés y Leopoldo. Por razón de edad me relacioné primero con Ulises y con Moisés; Leopoldo era menor que yo en ocho o diez años, y Domingo Salvador mayor en catorce.

IV

Con el correr del tiempo y mi afición a la política comencé a frecuentar los portales de la Cantina «La Plata» en la famosa Plaza de Santa Ana, en los cuales se reunía en las últimas horas de la tarde y las primeras de la noche la plana mayor del liberalismo panameño. Allí se encontraban con frecuencia los Generales Buena-ventura Correoso, Dámaso Cervera, Rafael Aizpuru, Jerardo Ortega y Domingo J. González; los Coroneles Nicolás Tejada, Antonio Rivera, y Carlos Clément (que fue luego General); los doctores Carlos A. Mendoza, Francisco Ardila, Francisco Filós, Heliodoro Patiño y Manuel Antonio Noriega, luego General, y de tarde en tarde hacían su aparición por ese sitio los doctores Pablo Arosemena, Belisario Porras, Eusebio A. Morales, Ciro Luis Urrio-la e Inocencio Galindo, y los señores Próspero Pinel, Etelvino Cerezo, Rodolfo Chiary y Florencio Casis. A su alrededor se agi-taba con el bullicio y la despreocupación propias de la edad un grupo de jóvenes que casi todos vivaquearon luego en los campa-mentos liberales. Recuerdo de momento a Juan B. Sosa, Juan An-tonio Mendoza, Juan Antonio Jiménez, Nicolás Justiniani, León A. Soto, Pedro López, Aizpuru Aizpuru, David L. Tejada, Gil F. Sán-chez, Rafael Alzamora, José Asunción Cajar, Agustín Argote, Carlos F. Roboll, Juan Antonio Casanova, Gregorio Ordóñez, Pedro Antonio Maitín, Antonio Alberto Valdés, Arturo Müller, José S. Mendoza, Antonio Díaz y Eladio Jirón Herrera.

Llegaban tarde a esas reuniones, pero llegaban con frecuencia, don Domingo Díaz, el hombre más popular de la ciudad, y su hijo Temistocles, cuya vida fue segada prematuramente como la de Juan Antonio Mendoza, y la de muchos, muchísimos liberales más, en el combate del Puente de Calidonia el 24 de julio de 1900; por erro-res militares y pasiones personales injustificables.

Con don Domingo Díaz y su hijo llegaba un ínfimo amigo de ambos: Domingo S. de la Rosa. Hombre campechano, servicial, valeroso, ecuaníme, sabía escuchar, sabía hablar y sabía también actuar. Hombres sobrios los tres, hombres de trabajo, liberales ciento por ciento, vivían mortificados por la falta de libertades pú-blicas, por la opresión que ejercía el Gobierno de Colombia sobre los elementos liberales y por el triste panorama de la vida nacio-nal en que los ciudadanos estaban divididos en dos campos: el de los opresores y el de los oprimidos.

El General de la Rosa, como él lo establece en sus «RE-CUERDOS DE LA GUERRA DE 1899 A 1902», fue uno de los primeros en levantarse en armas en el entonces departamento de Panamá, en octubre de 1899, encabezando un grupo de veinte o veinticinco revolucionarios, a los cuales ha sobrevivido. Lo acom-

pañaba desde luego Temístocles Díaz, y juntos estuvieron en el campamento o en el ostracismo hasta que la muerte, llevándose a Díaz en su arrogante y prometedora juventud, los separó.

Algunos meses después de eso suceso militamos de la Rosa y yo por breve tiempo en el ejército que comandaba el General Emiliano J. Herrera, al cual ingresamos con pocos días de diferencia. Llegó primero él, a Chame, el 11 de julio de 1900 en la expedición que comandaba el General Simón Chaux y venía del Cauca; y luego yo, a San Carlos, el 14 de julio, como Sub-teniente en la expedición que desde Nicaragua condujo el doctor Eusebio A. Morales. Más tarde nos encontramos en Nicaragua, luego de nuevo en los campamentos liberales a las órdenes de don Domingo Díaz, el integérrimo, y por último, en el Cuartel de Policía de la ciudad de Panamá, en donde estuvimos detenidos después de la muerte del General Albán y hasta la firma del Tratado del Wisconsin. De sus hermanos, Moisés, otro liberal convencido, otro denodado combatiente, compañero de días felices de mi juventud, también lo fue de campañas. Y Leopoldo, el poeta, un prestigio literario de Colombia y de América, niño cuando la guerra, también figura en puesto distinguido en el círculo de mis amistades. Al otro hermano, Ulises, lo perdí de vista al ausentarse de Panamá hace más de 40 años y pocas noticias he tenido luego de él. Doña Ana Rosa, fiel amiga de mi madre, mantuvo correspondencia con ella hasta el día en que emprendió viaje al mundo desconocido. Las señoritas Heloísa y María viven aún, de monja en un convento la primera; Olimpia, monja también, murió hace algunos años. Queda en Panamá la otra hermana Micaela, viuda ya, que no ha querido regresar a Colombia, y además hijos y nietos del General de la Rosa, nacidos aquí, que coadyuvan a mantener estrechos los lazos de afecto que a Panamá lo unen.

De la Rosa ha escrito un libro sin pretensiones de escritor ni de estratega. No hace gala de florido estilo literario ni entra a analizar el por qué de las operaciones militares; ni los errores, que pudieron evitarse a mi ver; ni los aciertos que no fueron, en mi opinión, muy numerosos, de los jefes a cuyas órdenes militó. Narra en estilo llano pero con la mayor fidelidad posible, cual corresponde a unos recuerdos, lo que vió y lo que hizo en esa memorable guerra de los mil días en que Colombia se desangró y se arruinó, para luego resurgir, con sangre nueva, con bríos mayores, con más devoción, al trabajo y más amor a la democracia, y ocupar una posición económica y moral de primer orden en el continente americano. Hablando de su libro dice de la Rosa: «No soy hombre de pluma. Más como el lenguaje de la verdad es límpido

VI

de por sí, no necesita de galas literarias para resplandecer. Le basta ser austero».

Indudablemente lo que cuenta el General de la Rosa es sólo un aspecto de la guerra, un pedazo de historia que le tocó vivir. Es en lo general una serie de incidentes como hubo muchos en esa guerra y como los hay en todas. Se ponen de relieve cosas sabidas por ser cosas naturales y corrientes entonces: el fervor ideológico, el valor individual, la animosidad en el peligro, la perseverancia en la obra, la generosidad y la hidalguía liberales. Pero con interesar mucho todo eso, que tiene su valor acreditado, la obra del General de la Rosa tiene otros méritos; el de sacar del olvido a hombres que supieron en su tiempo abandonarlo todo para acudir al toque de llamada de su partido y que por esto merecen ser recordados, y el de narrar con el crédito irrestricto de actor principal, un capítulo muy interesante y poco conocido de esa guerra: la ocupación de la ciudad de Colón.

Debo declarar antes de seguir adelante que soy hoy, y desde hace muchos años, lo que no era en 1899: un pacifista a ultranza. Creo ahora que no hay mal que justifique el recurrir a la violencia porque ninguno es eterno y el tiempo los va gastando y destruyendo. El estado de descomposición del conservatismo colombiano en 1899 era tal, que se imponía una revisión de sus métodos de gobierno, una reforma política trascendental, para lo cual hubiera sido imprescindible la cooperación del liberalismo. Si éste no se precipita a la guerra, se hubieran evitado muchas cosas, algunas irremediables, y su triunfo en 1930 se hubiera efectuado un cuarto de siglo antes. Quizás sigan creyendo los fatalistas que este triunfo del liberalismo no podía advenir sin el derramamiento de la sangre de millares de sus hijos; la traición, en el campo oficial, a un viejo bueno pero ya sin energías; las crueldades de un émulo tropical de Tiberio y de Nerón; el asesinato de un varón ilustre, digno de la pluma de Plutarco; la dictadura de un militar de talento que erró en sus apreciaciones de la psicología del pueblo colombiano, y la separación obligada de Panamá, semejante a la de un pariente mal apreciado (será mejor decir cenicienta?) que no hallando el cariño y el abrigo necesarios en la casa solariega, la deja para hacerse una a su gusto, pero sin rencor por sus hermanos ni aflojamiento de los lazos que a ellos lo unen, ni olvido de los días de labor, de angustia y de gloria que juntos vivieron durante ochenta y dos años, iluminados por el sol de gloria de Pichincha, Junín, y Ayacucho que los vio unidos en la magna epopeya por la libertad de América.

Pero la mayoría liberal no veía las cosas de este modo. Inútil

VII

era que jefes ilustres y llenos de experiencia aconsejaran prudencia. No quiso oírseles; no se quiso siquiera acceder a una demora mientras se preparaba mejor el levantamiento general. Los jóvenes éramos los más impacientes: increpábamos a los mayores, poníamos en duda su amor al liberalismo, llegábamos hasta creerlos cobardes..... y nos lanzamos a la guerra sin los elementos necesarios; y antes de adquirirlos cubrimos los campos de cadáveres, los caminos de fugitivos, los hospitales de heridos, las cárceles de prisioneros, las playas extranjeras de expatriados y los hogares de luto, de consternación y de miseria.

El recuerdo de esos días está lleno para mí de gratas emociones, y cuando lo evoco por propia voluntad o al conjuro de lecturas que de ese tiempo me hablan, hay algo que vibra en todo mi ser dulcemente, largamente; vuelvo los ojos al pasado, me siento el mismo de aquellos días y quisiera que no hubiese corrido el tiempo y vivir aún, en un campo liberal bien definido, codeándome con hombres que rindan culto ni tímido, ni vacilante, ni sospechoso ni oportunista a sus doctrinas, y verme con todas mis ilusiones intactas, con todas mis energías desbordadas, lleno el pecho de anhelos y con un mundo de generosas ideas agitándose bajo el cráneo. El prodigio de la juventud! Como pudiera revivirlo!

Quizás los jóvenes de ese ayer tan querido para mí no éramos mejores que los de este hoy antipático; pero ese ayer era nuestro, y verdad o mentira, creemos ahora, después de casi cuarenta años, que aquellos eran otros tiempos, eran otros los hombres y otras también las costumbres. Amábamos la libertad con locura desinte., resadamente. Creíamos en la fuerza incontrastable de las ideas y les rendíamos culto sagrado. Eramos liberales o conservadores por convicción y mirábamos con desprecio al que se pasaba de un campo a otro. Por esa causa los jóvenes liberales no mencionábamos nunca al hombre que declaró inexistente la Constitución de Rio Negro sin anteponer a su nombre el epíteto de traidor. Rendíamos culto al valor, a la lealtad, a la rectitud y a la generosidad en el campo liberal, y admirábamos el primero en el General Daniel Hernández, quien bajo la amenaza de cien puñales mostraba la papeleta con que iba a votar en el Congreso, contraria a los deseos del que movía esos puñales; admirábamos la segunda en el General Pedro José Sarmiento al no traicionar al Gobierno que le había confiado un cuantioso parque militar, pues lo dejaba intacto al marcharse al campo revolucionario; admirábamos la tercera en el doctor Justo Arosemena que renunciaba el puesto más elevado de su Patria chica porque sus inmediatos colaboradores eran parientes cercanos suyos y no creía honesto gobernar con ellos ni equita-

VIII

tivo destituirlos siendo buenos servidores del Estado, y nos causaba honda emoción el contemplar al General Ramón Santomingo Vila lisiado de por vida por amparar con su cuerpo el de un adversario vencido para librarlo de los furros de una soldadesca enfurecida. Qué tiempos, qué hombres, qué costumbres!

Será hoy este mismo el estado de ánimo de la juventud liberal? Tendrán para ella el mismo mágico prestigio que tenían para los jóvenes de 1899, palabras y frases como patria, libertad, democracia, liberalismo, honradez política, espíritu de sacrificio, lealtad, valor? No me atrevería a asegurarlo, pero quiero admitirlo. Otra cosa sería desconsoladora. La ilusión no es sólo patrimonio de la niñez, ni de un país ni de una época; lo es también de la juventud y de los hombres buenos en el inmenso mundo; su perfume hace grata la vida; despierta amor profundo por las cosas tangibles y las cosas intangibles, e impele a ofrendarles cuanto es dable con fé y sin temor. Desdichado del que no tiene ilusiones; desdichado aquél que pueda decir de sí mismo como dijo Juan José Tablada aunque luego se rectificara, «ya de mi vida en la tediosa calma no hay un Dios, ni un amor, ni una bandera». Para ese tal preferible sería no haber nacido.

En la crisis ideológica porque atraviesa el mundo, todo es de temer. La guerra mundial conmovió los cimientos espirituales y materiales de la Humanidad y desarrolló dos grandes movimientos de opinión, ambos contrarios al liberalismo y ambos generadores de regímenes de fuerza, cuyos ensayos de dominación no han hecho, hasta ahora, la felicidad del hombre, y es dudoso que lo hagan porque son contrarios a la libertad tan cara al individuo. Rusia, Alemania, Italia, Portugal, Japón, España, algunos estados menores de Europa y ciertos países de América en donde esos movimientos tienen su campo de experimentación, viven una vida ficticia, abocados a terribles convulsiones que un día u otro, pero en no lejano tiempo, han de hacer crisis. No puede haber felicidad colectiva donde no hay felicidad individual; y los pueblos privados de la libertad de pensamiento, traducida en la libertad de expresión, y de la libertad de obrar, son pueblos infelices, sometidos a un castigo tan horrible como el más horrible de los imaginados por Dante. Y para estos pueblos no hay más salvación que la vuelta al liberalismo, con su amplio margen de libertades y de posibilidades; un liberalismo depurado en el crisol de las angustias humanas, remozado, vigoroso y abierto a todos como el único puerto seguro en un mar tempestuoso.

El ejemplo en América lo da Colombia. Mientras otros países se han agitado, conmovidos por doctrinas extremas, en ensayos de

IX

violencia y opresión, su pueblo ha sabido mantenerse alerta dentro de los principios liberales y con paso seguro avanza por la senda del progreso y del bienestar. Allí las libertades no son un mito; cada cual puede abrigar y predicar sus ideas sin otras cortapisas que el respeto a las ajenas y el mantenimiento del orden. Desde 1930 tres verdaderos hombres de estado, eminentes repúblicos, demócratas convencidos, liberales de alta escuela, han ocupado la Presidencia y han dado el ejemplo, elevado canon de gobierno, del respeto más profundo a la opinión pública, a la libertad y pureza del sufragio, y el ejemplo así mismo de la más acendrada honradez personal y política, lo que indica que allí hay real y positiva democracia y un Presidente de República no se considera un sargento brutal ni un mayoral atrabiliario, sino un guía de hombres libres y un maestro de civismo, convencido de que gobernar no es imperar sino que gobernar es hacer el bien.

En Panamá, que después de 36 años de haber roto la unión política conserva tantas y tantas afinidades con Colombia, ese ejemplo debe ser estudiado con cuidadoso interés para seguirlo escrupulosamente, y no intentar siquiera el copiar gestos ni actos de jefes autócratas cuyo despotismo se ejerce sobre hombres y en tierras que no guardan semejanza, desde el punto de vista racial los unos, climatológico las otras e históricos ambos, con nuestros hombres y nuestras tierras. Si Panamá ha sido siempre almacigo de liberales por qué no ha de seguir siéndolo? Guárdenos Dios de toda tiranía, fascista, nazista o comunista! Guárdenos Dios de mandatarios-simios que quieran copiar en la tierra de Justo Arosemena y de Tomás Herrera los gestos y actos de los dictadores de otras latitudes!

Pero mi amor al liberalismo me ha llevado muy lejos. Volvamos a los RECUERDOS del General de la Rosa, quien a causa de los muchos años que vivió en Panamá; de sus vinculaciones con los panameños, y de un amor a la verdad y a la justicia que son distintivos de su carácter, no deja en el olvido a sus connacionales de ayer que fueron sus compañeros de campaña, de ostracismo y de prisión. Esto lo honra y esto lo notarán y agradecerán los lectores panameños, que no sin desagrado han visto en muchos casos olvidados, o preteridos, o recordados apenas ligeramente en ciertas obras sobre la guerra de los mil días, publicadas hace poco, a hijos de Panamá que supieron distinguirse en la última contienda armada colombiana.

He dicho antes que, amerita el libro del General de la Rosa la narración fiel de la ocupación de la ciudad de Colón en noviembre de 1901. Su actuación en esa ocupación fue no sólo la

de un militar entendido, sino también la de un gobernante ecuánime y la de un diplomático hábil. Y a no ser por dos graves errores, de ninguno de los cuales fue responsable, esa ocupación hubiera cambiado la faz de la guerra. El primero de esos errores a que me refiero fué el cometido por el General Federico Barrera, Sargento mayor antes de la toma de Colón ascendido a Coronel a causa de ella, al no enviar el parte de la ocupación al General Domingo Díaz que estaba en la Chorrera por la vía férrea como había sido convenido con los Generales Cortissoz y Patiño, sino por la montaña, lo que hizo perder dos días a nuestras fuerzas y ganarlos a las contrarias. Barrera tuvo la excusa de que él era en ese entonces un oficial subalterno, que se encontró inesperadamente enfrentado a una situación muy grave y de difícil solución para la cual no estaba preparado. Por su modesta posición militar, los mencionados Generales Cortissoz y Patiño, que murieron antes de la ocupación de la ciudad, nada le dijeron sobre lo convenido; y a él la gravedad de esa situación llegó a turbarlo. Si la noticia la hubiera enviado por la vía férrea, habría podido el grueso del ejército lanzarse sobre Panamá antes de que regresara a la ciudad el General Albán, que la había abandonado para atacarnos por mar, dejándola desguarnecida; o por lo menos, podría haber acudido en tiempo a reforzar la defensa del puerto natural admirable de Barbacoas, haciendo así inatacable a Colón por tierra.

El otro error lo cometió el General Porfirio Sotomayor al abandonar la posición inexpugnable que ocupaba en el puente de Barbacoas por creer más segura la de Buenavista, que tenía un flanco débil por donde lo atacó y venció el General Albán.

Hay que reconocer que tanto Barrera como Sotomayor eran hombres de un valor indiscutible y en sus hojas militares hay pruebas de que es así. Sotomayor murió combatiendo al lado de la quinta división del ejército del General Benjamín Herrera, al rechazar ésta una carga furiosa del renombrado batallón Gramalote de las fuerzas conservadoras del General Morales Berli, antes de que se perfeccionara el segundo sitio de Aguadulce en 1902. Barrera, cuya estrella comenzó a elevarse en Colón, prestó luego, en la guerra y en la paz, servicios importantes al liberalismo. Hace poco, el 17 de septiembre de 1938, pagó su tributo a la muerte, cargado de años (82) y de merecimientos. El, y el General Manuel Quintero V., que lo sobrevive, fueron en la guerra de los mil días las mejores espadas del liberalismo panameño, herederos legítimos de un Tomás Herrera y un Buenaventura Correoso. Sacrificado torpemente Victoriano Lorenzo y muertos ya, antes que Barrera, los Generales Ignacio Quinzada, Antonio Papi Aizpuro, Carlos Clé-

ment, Manuel Antonio Noriega, Faustino S. Mina, Heliodoro Vernaza y Luis García Fábrega, sólo quedan de los que se ganaron sus laureles en los campos liberales durante la última guerra civil colombiana, el General Quintero y el doctor Belisario Porras, ya que éste también tiene el título de General y cosechó lauros en los campos de Belona, aunque sus actuaciones más brillantes, más fructíferas, han sido en otros campos en que han obtenido justificada notoriedad y merecida gratitud.

A qué atribuir los errores de Barrera y Sotomayor que nulificaron las ventajas obtenidas con la ocupación de Colón? A mi modo de ver a una circunstancia que se puso de relieve en toda la guerra, y fué la falta casi absoluta de jefes militares, de verdaderos capitanes, hábiles en la ciencia de manejar ejércitos, dirigir operaciones y ganar batallas. Quizá en el campo liberal, y hasta donde yo conozco, los únicos dotados de esas cualidades fueron Uribe Uribe, Herrera y Bustamante. La generalidad de los jefes y oficiales obtenían sus grados por su posición política, social o cultural, o por su popularidad, o los conquistaba con su valor. El más bravo y resuelto, el que mostraba mayor arrojo para tomar una trinchera, encabezar una carga a machete o a bayoneta, tomar por asalto una ciudad o un cuartel ese era el jefe; el «toqui», como entre los araucanos lo fueron Caupolicán, Lincoya y Tucapel, porque eran los más fuertes, los que más resistieron llevando al hombro el tronco robusto. Las masas indisciplinadas se reían bajo capa y a veces insolentemente de los jefes que hacían planes estratégicos, combinaban movimientos y dirigían con binóculos las operaciones militares. Los querían al estilo de Páez, siempre sobre la silla y siempre a la cabeza, con el machete mellado y tinto en sangre, soldados como los demás, pero más valientes y más afortunados. Cuántos errores se ocasionaron por esta causal! Bucaramanga, Palonegro, Tibacuy, Panamá, Colón!.....Los errores, pues de Barrera y Sotomayor, culpa fueron del tiempo más que de ellos!

Debo terminar este ya largo prólogo que no sé si corresponderá a lo que espera el General de la Rosa y tiene derecho el lector. Lo he escrito con fervor, y si ha salido un tanto extenso ello se debe a que cuando escribo sobre cosas que tocan al liberalismo, algo irresistible, mueve mi pluma y una vez que comienzo a escribir me es difícil terminar. Pero antes de poner punto final quiero hacer un llamado a la juventud liberal de América, para que no pierda la fé en sus ideales, ni busque remedio a dolencias políticas en doctrinas extrañas, ni siga sino a jefes que sean liberales



GENERAL DOMINGO S. DE LA ROSA



I

MOTIVO DE ESTA PUBLICACION

«Barranquilla, febrero 11 de 1938.

Señor Don

Guillermo Andreve

Panamá.

Mi querido Guillermo:

Con tardanza, que en ningún caso puede achacarse a desidia, pero cuya causa creo que no necesito explicarte, me refiero a tu carta de fecha 20 de diciembre último. Mucho me complacen las aclaraciones que en ella haces y que dejan en su verdadero punto tus apreciaciones con respecto a las actividades de la política liberal colombiana en estos últimos tiempos, y como ellas concuerdan con mis puntos de vista, veo que, como ayer, sigue siendo igual nuestro ideal político.

Como bien lo asientas, cada época trae sus problemas, los cuales no se pueden negar ni desdeñar porque es peligroso, y por ello, el liberalismo colombiano, sin salirse de sus moldes ideológicos, siguiendo su marcha progresiva, legisla sobre los problemas sociales que apuntas en tu citada carta, siendo ya leyes muchos de ellos y a punto de convertirse en mandatos legales los otros, porque el Congreso actual los tiene ya muy adelantados.

En cuanto a tu apreciación acerca de que sólo hay en América dos países no inficionados por el fascismo, o sean Colombia y México, ello es

cierto, pero es de advertir que, afortunadamente, en su tesonero empeño de sacar adelante los principios democráticos que tienden a hacer mejor al hombre y a procurarle la mayor felicidad posible, ni por soñación, cometerá Colombia el grave error de apartarse del campo republicano. Aquí no prosperarán, como parece que prosperan en otros países de estas Américas, ni el fascismo ni el comunismo.

Leí con interés y simpatía tu jugoso escrito biográfico del doctor Dámaso Cervera, publicado en «La Estrella de Panamá», que tuviste la bondad de remitirme. Su lectura es muy instructiva para las nuevas generaciones que tanto allá como aquí, generalmente desconocen la historia política de Colombia, pues no hay que olvidar que el doctor Cervera vivió y descolló cuando aún Panamá era parte integrante de este país. Posteriormente, debido a tu gentileza, recibí el libro denominado «HISTORIA DEL CUERPO DE BOMBEROS DE PANAMA» del Dr. Carlos Rangel M. Con cariño, casi de un tirón, recorrí las páginas de ese libro. La historia de ese meritorio cuerpo, cuya vida vacilante al principio, adquirió pujante actividad bajo la dirección de don Florencio Arosemena, la conozco íntimamente hasta esa época y de ahí que, el recuento de todos sus pasos y sobre todo, el de los nombres de sus fundadores, me trajeran recuerdos muy gratos.

En estos días el doctor Lucas Caballero ha comenzado a publicar en «El Tiempo», de Bogotá, una serie de artículos con el mote de «RECUERDOS DE LA GUERRA DE LOS MIL DIAS». En los que ha publicado hasta la fecha, hace algunas afirmaciones con respecto a las actividades del DIRECTORIO LIBERAL NACIONAL de esa época, relacionadas con los preparativos de la guerra en la cual tomamos parte, afirmaciones que están en desacuerdo con los puntos de vista que me expresó el doctor Aquileo Parra, Presidente de dicho Directorio, en las entrevistas que celebré con él, en septiembre de 1899, en Bogotá, en mi carácter de comisionado del liberalismo de Panamá, para buscar a la política seccional, habida consideración de los acontecimientos de que había presagios, la orientación de que se carecía. Estoy en la espera de sus próximos artículos sobre ese importante tema, y si no encontrare motivos para hacer otro reparo, guardaré silencio; mas si ocurriere que al tratar él sobre las campañas del Cauca y de Panamá, hiciera apuntes erradas, forzosamente tendré que hacer las necesarias rectificaciones.

Con tales antecedentes, estoy acopiando algunos datos que puedan servirme para llevar a cabo el intento de que te doy cuenta. Mi archivo ha sido casi destruído por la polilla y son muy pocos, por consiguiente, los documentos que se han salvado. Entre éstos figuran dos, que aunque si bien es cierto, me son honrosos, no los sacaré a la luz, porque por temperamento soy ajeno a ciertas ostentaciones; pero como ellos — y es lo principal — también hacen honor a la causa liberal, puesto que se trata de las actuaciones de un jefe en momentos en que estaba al servicio de la misma, creo que sería prudente reproducirlos en la réplica a que me vea obligado. Tales documentos

se refieren a la ocupación de Colón por las fuerzas liberales que estaban a mi mando. El uno lo originó el hecho de haber exigido yo que figurara como cláusula final en el acta de capitulación de esa plaza, la cual fue suscrita a bordo del buque de guerra «Marietta», de los Estados Unidos de Norte América, y en presencia de los Comandantes de las otras unidades de guerra de ese país, de Inglaterra y de Francia, anclados en la bahía de Colón, que Moisés mi hermano, que estaba herido, como yo, no quedáramos cobijados por la amnistía ofrecida por el Gobierno. El otro, el haber sido cubiertas todas las órdenes que dí al comercio de esa ciudad, para que proveyera a los Oficiales y a la tropa que estaban bajo mi mando, de algunos elementos indispensables de que carecían. Ambos documentos fueron expedidos espontáneamente y eso aumenta su valor. El de carácter militar, propiamente hablando, me fué leído en los momentos en que hacía entrega de mi espada al General Carlos Albán, y sin dar tiempo para que éste la tomara. El suscrito por el comercio de Colón, lo recibí a mi regreso de Tumaco, a donde fuí comisionado por Albán, con el fin de celebrar un canje de prisioneros, el cual no se pudo efectuar porque ya el General Benjamín Herrera había emprendido marcha hacia el Istmo en el vapor «Padilla». Por separado, te remito copia del original de aquel documento, cuya traducción, que ojalá la encuentres buena, dice:

«Colón, República de Colombia, 28 de Noviembre de 1901. Los «Comandantes en Jefe de los buques de guerra actualmente anclados en Colón, «conceptuamos: que el General de la Rosa solamente ha entregado dicha ciudad al Gobierno de Colombia cuando ya le era insostenible; y, que al «obrar así, no sólo ha efectuado una acción honrosa, sino que en virtud de «ella, su prestigio como militar ha adquirido mejores méritos, pues consideramos que procedió de esa manera inspirándose en sentimientos humanitarios y en el deseo de evitar la inútil fusión de sangre, tanto la de sus «soldados como la de los civiles no combatientes, cuyas vidas se habrían sacrificado en el caso de haber presentado una resistencia a **outrance** de la «plaza de Colón. El General de la Rosa, con su hermano, han expresado «el deseo de quedar exceptuados de la amnistía general ofrecida por el General Albán a las fuerzas liberales, pero nosotros no estimamos necesario «tal sacrificio de parte de ellos, y no sólo no lo consideramos necesario, «sino que lo creemos absolutamente inadmisibile. — (Fdos.) Thomas Perry, «Comandante del «Iowa». — P. Le Brisse, Comandante de «Le Suchet». — «A. Galloway, Comandante del «Tribune». — Francis H. Delano, Comandante del «Marietta». — Henry M'Crea, Comandante del «Machias».

El de los comerciantes de Colón, dice:

«Nosotros los abajo firmados, comerciantes y otros residentes de «Colón, tenemos placer en certificar, que durante la ocupación de esta ciudad

«por el General Domingo A. (sic) de la Rosa y las fuerzas bajo su mando, «ha prevalecido el más perfecto orden y que su conducta como igualmente «la conducta de sus subalternos, no dejó nada que desear. Certificamos tam- «bién que todas las cuentas contraídas por ellos fueron pagadas a nuestra en- «tera satisfacción. — Colón, 30 de noviembre de 1901. — (Fdos.) A. James «& Cia., Ed. J. Henríquez, J. E. de Lisser, H. B. Lington, Ignacio Fischer, «H. B. Fletcher, Lee Sang & Co., A. Benjamín, W. H. Jacobs, Fong «Chong, Jn. L. Toledano, B. de Lisser, Amos Beckford, J. H. Stilson, D. «Watson, M. A. Bula, Sing Kong Chang & Co., Pío Emiliani, Lee Hing, «Fock Chong & Co., S. A. Scott, M. A. de León & Co., Alfred J. James, «J. P. Randall, Martín Higgins, Por la Veloce, J. J. A. Ducruet, Agente inte- «rino, A. B. Monteverde, E. E. Prince, Luis F. Estenoz, E. D. Pernet.....»

Faltan por anotar muchas otras firmas que en el texto aparecen poco legibles.

Este documento fué publicado en «La Estrella de Panamá» correspondiente al mes de diciembre de 1901, probablemente del 10 de ese mes en adelante, de manera que al pié de él deben constar claramente escritos los nombres de los demás firmantes que por la circunstancia anotada arriba, he dejado de copiar. En tal virtud, te suplico que te tomes el trabajo de buscar en el archivo de la biblioteca que existe en el Palacio Municipal de esa ciudad, donde sé que se conservan empastadas las ediciones de «La Estrella de Panamá», el número correspondiente a ese periódico, al mes de diciembre de 1901 o de enero de 1902, en el cual está publicado el documento en cita, para que me remitas la **lista completa** de los firmantes de esa publicación, pues la necesito urgentemente. El documento de los Comandantes de los buques de guerra, no lo pude dar a la publicidad porque el General Albán se opuso a ello.

Con respecto de mi actuación durante la ocupación de Colón, desearía tener hoy tiempo para contarte muchas cosas que permanecen ignoradas, así como también muchas otras importantes que tuvieron lugar durante el desempeño de la comisión que me fué encomendada ante el DIRECTORIO LIBERAL NACIONAL, pero espero tener ocasión de hacerlo en otra oportunidad, ya de viva voz, si tengo el placer de verte, o por escrito.

Te encarezco nuevamente que me hagas el servicio que te pido lo más pronto que te sea posible.

Dispensa tanta molestia y recibe un abrazo de tu amigo de siempre,

D. S. De la Rosa».

«Panama, 21 de Febrero de 1938.

Señor General

Domingo S. de la Rosa

Barranquilla.

Mi querido Domingo:

Hubiera querido enviarte sin demora los datos que me solicitas en tu carta del 11 de este mes pero he encontrado algunas dificultades. La primera que la Biblioteca «Colón» no tiene la colección de «La Estrella de Panamá», correspondiente al año de 1901. La segunda que en la empresa de «La Estrella» están cambiando el archivo y han echado todo por el suelo en asombrosa confusión. Después de varios días de intensa búsqueda no fué posible localizar el tomo necesario y el archivero me dijo que debe estar empastándose en el departamento de encuadernación y que cuando esté de regreso en el archivo me avisará. Hay, pues, necesidad de esperar.

No he leído los artículos del doctor Lucas Caballero y creo que no llegaré a leerlos a menos que los publique más tarde en un folleto. He sabido que hay un libro sobre la guerra de los mil días, pero su precio entiendo que es exagerado, y además poco o nada habla de Panamá.

Creo sinceramente que aunque el doctor Lucas Caballero no te obligue con algunas declaraciones erradas a rectificar, debes escribir lo que, en vista de tu actuación destacada, conoces de la última guerra colombiana. Sería una contribución muy valiosa para la historia y si crees que un prólogo mío sería de alguna utilidad, desde ahora me ofrezco para escribírtelo.....

Los muchachos crecen, estudian y creo que si no hay tropiezos, en unos seis o siete años más todos habrán concluído sus estudios y podrán ganarse su vida. El varón estudia Arquitectura; la niña mayor Finanzas. Ambos en la Universidad. Las otras dos niñas hacen todavía estudios secundarios. Son dóciles, estudiosos, amantes de sus padres y constituyen mi mayor, mi único tesoro.

Mis respetos para tu señora y mis recuerdos para tus hijos.

Te abrazo, y soy tu siempre amigo,

Guillermo Andreve».

Jamás cedí a la tentación—si alguna vez llegó a asaltarme—de recoger, y menos publicar, mis recuerdos personales de las campañas en las cuales actué durante la guerra llamada, por antonomasia, «DE LOS MIL DIAS». Explica el quebrantamiento de ese, mi deliberado propósito, la excitación que, en términos obligantes, me hace mi noble amigo Guillermo Andreve. Deseo repetir, que mi archivo, como lo dije a ese excelente amigo, casi en su totalidad, ha sido destruído por la polilla. El descuido que denuncia ese percance, demuestra el poco apego que tenía a esas memorias. Grande, naturalmente, es el esfuerzo mental que me impone la necesidad de hacer la narración de sucesos acaecidos treinta y nueve años atrás. Desde luego, quedan descartadas las rectificaciones de que hablo en la primera de las cartas que anteceden, puesto que, anticipadamente, anuncié que guardaría silencio si únicamente debía tener en cuenta las afirmaciones que el doctor Lucas Caballero, cuya amistad me honra, hace en jugosos e importantes artículos, recientemente publicados, acerca de los preparativos de esa misma guerra, llevados a cabo por el DIRECTORIO NACIONAL LIBERAL, ya que él no dice una palabra sobre las campañas de diciembre de 1899 a noviembre de 1901, en el Cauca y Panamá, que fueron en las que intervine y que no tienen íntima relación con las de 1901 a 1902, también en esos Departamentos, a las cuales dedica él gran parte, tal vez la más importante, de su valioso aporte para la historia política contemporánea. Además, entre sus afirmaciones y las mías, viéndolo bien, no cabe desacuerdo. Sus asertos se refieren a las actividades de un Directorio que fué reemplazado. Las mías, a las del que lo sustituyó, que no creyó prudente proseguir dichas actividades o preparativos, como me consta directamente, según se verá más adelante, y que era el que actuaba inmediatamente antes de que comenzara esa larga, cruentísima lucha.

Por lo demás, con perdón del doctor Caballero, me atrevo a apuntar que hubiera sido de desear que, en vez de simplemente aludir, como lo hace en su algo minucioso, pero valioso trabajo histórico, a ciertos incidentes que dieron motivo a la reorganización de la plana mayor del ejército, en el cual él, merecidamente, ocupó uno de los puestos más importantes, se hubiera detenido a ahondarlos porque, según comentarios de aquella época, entrañan asuntos de mucha monta. Me refiero a los ocurridos en el puerto de Pedregal; en Pocrí de Aguadulce, y en San Carlos. Cuán conveniente sería que palabra tan ecuánime, culta, justiciera, en suma autorizada, esclareciera esos hechos!

No soy hombre de pluma. Mas como el lenguaje de la verdad es límpido de por sí, no necesita de galas literarias para resplandecer. Le basta ser austero.

II

Llegada del General Rafael Uribe Uribe a la ciudad de Panamá.— Recibimiento. — Agasajos. — «Hotel Central». — Discurso en el «Hotel de la Marina». — Entusiasmo de Carlos Clément. — Propaganda a la campaña política de «El Autonomista». — Doctores Francisco Filós, Manuel A. Noriega, Heliodoro Patiño, Pablo Arosemena, José del C. Varela, Francisco Ardila, Carlos A. Mendoza, Gerardo Ortega; Generales Buenaventura Correoso, Rafael Aizpuru; señores don Domingo Díaz, Temístocles Díaz. — Emisario ante el Directorio Nacional Liberal. — Credenciales. — Abandono de Empleo. — Embarque en Colón.

Un año antes, más o menos, de 1899, llegó a la ciudad de Panamá, por la vía del Pacífico, el General Rafael Uribe Uribe, de paso para Centro América. Como de antemano se tenían noticias de su visita, el liberalismo de esa sección de la República, conocedor de sus hazañas militares y de la altiva y fecunda labor, recientemente desarrollada por él en la Cámara de Representantes, como único vocero de nuestra causa, le hizo entusiasta recibimiento. Desde los balcones del «Hotel Central», donde se hospedó, dirigió su cálida palabra al gran público que lo aclamaba. Organizado por la plana mayor del partido se le dió un suntuoso banquete en el «Hotel de la Marina». El discurso que pronunció en esa memorable noche despertó tan grande entusiasmo, que movió a persona tan ecuánime como lo fué el involudable copartidario don Carlos Clément, a ofrecérsele de Ayudante en la próxima guerra, oferta a la que correspondió el General Uribe Uribe con esta típica respuesta: «No se comprometa mucho, porque lo calavereo». Su estada en la ciudad fué corta y antes de ausentarse atendió a la solicitud que le hizo Mr. Calm, fotógrafo de renombre, en el sentido de que lo honrara permitiendo que le tomara un retrato, o sea aquél en el cual aparece con barba cerrada, como él la usaba entonces, y con un legajo de papeles en la mano.

En el General Rafael Uribe Uribe se aunaban virtudes excelsas e ilustración no común, que lo hacían destacarse en el panorama nacional, y todas las cualidades del hombre decidido y de acción. Qué mucho, pues, que se le considerara como el paladín de la reivindicación de nuestros derechos arrebatados en 1885? De ahí que, la tesis de su discurso y su labor desde las columnas del «Autonomista», en pro de la idea de alcanzar por medio de las armas el triunfo del partido, calaran hondamente en el espíritu de las masas y de la juventud que engrosaban la gran mayoría del liberalismo local: En consecuencia, algunos jóvenes liberales juzgamos que la divulgación de la campaña política que entrañaba ese periódico, sería más

Provisto de esos documentos, abandoné como lo demuestran las cartas cuyas copias inserto, el puesto que durante nueve años venía desempeñando en el Ferrocarril de Panamá, y el 3 de septiembre de 1899, embarqué en Colón con rumbo a Bogota.

«Panamá Railroad Company. — Panamá, septiembre 1º de 1899.

«Señor Don Domingo de la Rosa.—P.

«Estimado señor:

«En cumplimiento de instrucciones de nuestro Superintendente en carta fechada ayer (31 de agosto) informo a Ud., que desde esta fecha debe dejar de recaudar las sumas correspondientes a los terrenos de Las Explanadas, Guachapalí, etc., con el fin de que se lleve a efecto el nuevo arreglo hecho, por el cual los inquilinos ocupantes de esas propiedades deben consignar los arrendamientos, sea sus valores respectivos, en la oficina del Cajero de la Compañía en esta ciudad.

«También tengo orden del señor Superintendente para avisar a Ud. que continuará Ud. empleado en nuestra Compañía.

«Soy de Ud. afmo. S. S.,

«(Fdo.) **J. A. Arango**
«Special Agent P. R. R. Co.»

«Panamá, septiembre 1o. de 1899.

«Señor Don José A. Arango, «Agente Especial del Ferrocarril—Pte.

«Muy señor mío:

«Tengo el honor de contestar a Ud. su atenta carta de esta fecha, en la cual me participa que nuestro Superintendente ha resuelto utilizar mis servicios en forma distinta de la en que hasta hoy se los venía prestando a la Compañía.

«Mas como urgentes asuntos de familia que Ud. conoce de antemano (así lo había hecho creer para despistar), me obligan a ausentarme de esta ciudad por algún tiempo—un mes más o menos—siento mucho tener que manifestarle que me es del todo imposible aceptar ninguna tarea por ahora; pero si a mi regreso esta empresa necesitare todavía mis servicios, no tendré ningún inconveniente en desempeñar las funciones que se me señalen.

«De Ud. atto. servidor,

D. S. de la Rosa».

Ya se verá cómo al terminar la guerra, se aceptó mi oferta.

riente. Cuando fuí a despedirme de él y de Victoria, su encantadora hija, me confió una carta con encarecimiento de que la pusiera en las propias manos del Chato Cuéllar, porque le trataba en ella de asuntos muy importantes para ambos y no quería mandarla por el correo, temeroso de que de un momento a otro, se turbara el orden público, como podría ocurrir, dados los pasos en que andábamos y de que él tenía noticias, por ser también liberal.

Reanudo mi narración. Después de instalado en el hotel, me apresuré a presentar mis credenciales al doctor Aquileo Parra, Presidente del Directorio Liberal Nacional en esa época y del cual formaban parte, además, los doctores Juan Evangelista Manrique y Medardo Rivas. El doctor Parra vivía en su quinta denominada «Granada», situada, según mis recuerdos, en el camino que va a Chapinero, un poco más allá del Panóptico. Me recibió con amabilidad. Respetuosamente le dí cuenta del entusiasmo bélico que reinaba en el Departamento de Panamá, y también en el de Bolívar, a juzgar por las informaciones que me suministraron los copartidarios de Barranquilla a mi paso por esta ciudad. Escuchó con serenidad mi exposición y con voz suave y reposada, en síntesis, me dijo: «Yo no soy enemigo de la guerra, por la guerra misma. Ningún partido tiene tanta razón para hacer la guerra, como el partido liberal colombiano. Lo que deseo es una guerra viable, que no podemos hacer. En el último viaje que hizo a Europa el General Sergio Camargo, llevaba el encargo de averiguar cuántos elementos de guerra se podrían comprar de acuerdo con los fondos del partido y sucedió que no pudo llenar los primeros renglones del presupuesto de guerra». Me permití argüirle: «Sí, doctor, Ud. lo que desea es una guerra a lo Moltke». Levantóse de su asiento y colocándose una mano en el hombro, entre risueño y grave, me dijo: «Conozco esos ardores de la juventud. Le repito, lo que deseo es una guerra viable. De los fondos reunidos por el partido, hubo que devolvérsele a los santandereanos la parte que ellos habían aportado, porque alegaron que como no se les destinaba para la guerra, que era el fin que ellos perseguían, la necesitaban. Y es con tan escasos recursos y con unas pocas armas, con lo que cuentan para esa locura».

Enteré, separadamente, a los Generales Rafael Uribe Uribe y José María Ruíz, del resultado de esa conferencia. Ambos se manifestaron opuestos a que estallara la revolución en la fecha señalada de antemano por el doctor Paulo Emilio Villar, no por otro motivo, que el de la falta de armas. El primero de ellos me dijo, además, que después de la campaña desarrollada por él en «El Autonomista», no le quedaba más recurso que irse a los campamentos y que como en Santander era en donde había algunas armas, allá se iría; y aun llegó a insinuarme que me fuera con él. «Me honra su insinuación, le dije, pero qué dirían mis comitentes de Panamá?» «Tiene Ud. razón, debe regresar a dar cuenta del resultado de su comisión», repuso. El segundo, que de las armas que tenían en Santander, se le habían facilitado, la mayor parte, al General Cipriano Castro, con el compromiso de que si éste triunfaba en la revolución que había fomentado en su país, las devolviera con creces, y añadió,

que dudaba que se cumpliera ese compromiso, pues las cápsulas con las que combatió en Enciso, las tuvo que pagar a los de ese país a precios muy altos.....

Por insinuación de dichos Generales, dirigí una carta al doctor Paulo Emilio Villar, en la cual le pedía a nombre del liberalismo de Panamá una tregua, siquiera de dos meses, para el levantamiento en armas, en atención a la carencia absoluta de elementos de guerra en esa sección de la República, como en Bolívar, según lo supe a mi paso por Barranquilla. De esa carta dí al General José María Ruíz, una copia que él me pidió, y la cual, talvez, debe estar en su archivo; y el original, en el del doctor Villar. Casi estoy seguro que don Ricardo Vélez, que era agente o representante del doctor Paulo Emilio Villar en Bogotá en esos días, y a quien desde entonces me liga sincera amistad, tiene conocimiento de este y otros incidentes relacionados con estos asuntos.

Era muy distinta la actitud del General Zenón Figueredo y, según éste, la del General Ramón Neira. En una reunión, a la cual asistí, celebrada en la casa-habitación del honorable y distinguido jurisconsulto doctor Ramón M. Paz, su cuñado, cuya memoria conservo con afecto, casa contigua al antiguo «Mercado de Carnes» de la ciudad, el General Figueredo manifestó que no aceptaba ninguna demora para que estallara la revolución, en la fecha acordada.

Un día me encontré en la calle con el doctor X X, miembro del partido Independiente, de origen liberal, que desde 1885 venía ocupando muy elevadas posiciones oficiales. Me invitó para que fuera a su casa, pues éramos amigos de vieja data, y me habló más o menos de esta manera: «Andan ustedes dando pasos para cometer una locura que les perjudicará a ustedes y también a nosotros — los del Gobierno imperante. — Si ustedes se entienden con nosotros, les prometemos llevar al Congreso a Parra, a Camargo, a Uribe Uribe, a Robles, y con esos cuatro voceros liberales y nosotros, haríamos una evolución trascendental». Es de advertir, que el doctor Robles, estaba a la sazón, postrado en el lecho a causa de la grave enfermedad que pocos días después lo llevó a la tumba. Comunicué en seguida al doctor Parra la insinuación apuntada e instantáneamente, en tono grave, me dijo: «No les crea, son unos farsantes, y agregó: Cuando N. N. — citó el nombre de un eximio personaje conservador-nacionalista ya desaparecido — me hizo una proposición semejante, le contesté: «Cuando Camargo y yo estemos dentro del Cuartel, trataremos. Lo que se quería era que fuéramos con el pueblo liberal a la plaza de «San Agustín», para barrernos con las ametralladoras». Fácil es comprender la honda impresión que tuvo que causarme la revelación de incidente de tanta importancia, tal vez ignorado generalmente.

Jamás podré olvidar — y es una de las mayores satisfacciones de mi vida—la amable acogida que recibí de ese patriarca de nuestro partido, gloria de Colombia, porque fué un mandatario de honradez absoluta. Un Presidente modelo.

Por esos mismos días, murió el doctor Luis A. Robles. Su cadáver fué velado en capilla ardiente en el salón de grados de la Universidad Republicana, de la cual era rector el doctor Antonio José Iregui. El entierro estuvo muy concurrido e imponente. El primero que tomó la palabra en el Cementerio fué el doctor Aquileo Parra, que habló desde un coche. Tan pronto como terminó su discurso, el numeroso acompañamiento aclamó al General Rafael Uribe Uribe para que ocupara la tribuna, pero el doctor X. Y. se anticipó a ocupar ese puesto y su peroración estuvo llena de indirectas políticas al General Uribe Uribe, quien las escuchaba sin inmutarse. Antes de que otro de los oradores—y fueron muchos—subiera a la tribuna, volvió el numeroso público a manifestar sus deseos de oír la palabra del General Uribe Uribe. Esa insistencia me movió a excitarlo—pues yo me encontraba al lado de él con Generoso de Obaldía, joven estudiante y entusiasta liberal— para que atendiera al clamor popular, y me contestó: «Después de lo que se acaba de oír, debo guardar silencio, pues no quiero que el entierro de Robles se convierta en un «palenque». Así lo cumplió, no obstante que después de cada orador, siguieron las aclamaciones.

El General José María Ruíz que, como dejo dicho, era mi compañero de hotel, recibía frecuentes visitas del General José Santos, Ministro de Guerra en ese entónces, y al decir de aquél, dicho General Santos lo alentaba en el sentido de que el liberalismo no debía desmayar en sus propósitos de guerra. Tanto menudeaban esas visitas, que el General Ruíz creyó prudente aconsejarle que las suspendiera, porque podrían infundir sospechas. A este respecto, recuerdo que una tarde invitó el General Ruíz a comer en nuestro hotel a un Coronel de apellido Hernández, sino hago mala memoria, que según colegí por su conversación durante la comida que juntos tomamos, estaba al servicio del Gobierno. Estuvo tan locuaz, que sin ningún recato, contó que la noche anterior, se habían sacado y transportado en una carreta, varias armas del parque nacional y que ya estaban en manos de quienes debían hacer, oportunamente, uso de ellas.

Entretanto, el General Gabriel Vargas Santos, así lo aseguraba el General José María Ruíz, se negaba a aceptar la Dirección General del Partido, que se le ofrecía en esos días, alegando que si se le hubiera ofrecido antes, la habría aceptado y habría organizado el partido para la guerra, pero que, en cambio, si aceptaría la Dirección de ésta. Tal vez el doctor Maximiliano Grillo sepa algo de ésto, pues si no recuerdo mal, a él se le comisionó para ir a tratar con el General Vargas Santos sobre este particular. En todo caso, relacionada con esta materia, se celebró una gran conferencia entre el Directorio Nacional del Partido y el General José María Ruíz, conferencia que duró desde la tarde hasta avanzadas horas de la noche, y acerca de la cual se publicó una acta al día siguiente en «El Autonomista», la cual fué necesario reimprimirla en el número inmediatamente posterior, debido a que había salido con algunos errores u omisiones. Pueden consultarse esas actas en

las ediciones de «El Autonomista», correspondientes a fines de septiembre o a principios de octubre de 1899.

Dos días antes de mi regreso y cuando ya tenía en mi poder la respuesta del Directorio, la que estaba dirigida al doctor Pablo Arosemena y que me había sido enviada al hotel por el doctor Juan Evangelista Manrique, con su hermano el doctor Julio Manrique, me informó el General Rafael Uribe Uribe que nadie, fuera de los miembros del Directorio Nacional Liberal, sabía en Bogotá donde se encontraban los fondos del partido y que yo estaba en capacidad de hacer la averiguación correspondiente. Le contesté que en mi concepto, para desempeñar con éxito esa importante comisión, se necesitaba de una persona que tuviera los títulos de que yo carecía, máxime cuando existía tal reserva al respecto. El insistió, añadiendo que tuviera presente que el doctor Pablo Arosemena me respaldaba y que la credencial que me acreditaba como emisario ante el Directorio, suscrita por aquél, era carta blanca, que me honraba mucho. Atendí a esa observación y visité al doctor Juan Evangelista Manrique que, como queda apuntado, formaba parte del Directorio, en su despacho particular situado, según mis recuerdos, en una casa baja del parque de Santander, en la misma acera donde se encontraba en ese entonces, el «Gun Club». Le expuse el objeto de mi visita así, más o menos: «Ayer recibí la carta para el doctor Pablo Arosemena que usted tuvo la bondad de enviarme con su hermano. Estoy haciendo los preparativos de mi viaje y como parece que es irrevocable la decisión de la mayoría del partido en favor de la guerra y que ésta estallará en fecha cercana, acordada de antemano, me permito solicitar de usted, la respuesta que podré dar al doctor Arosemena, cuando me inquiera, como seguramente me lo inquirirá, a quién debe dirigirse él en consecución de fondos para atender, en el Istmo, a los preparativos de la guerra que se ve venir». Después de alguna reflexión, me contestó: «A Arosemena no se le puede ocultar nada. Los fondos del partido liberal los tiene en Maracaibo el doctor Foción Soto, con orden de entregarlos a la persona que le indique el Directorio, si hubiere tiempo para ello o de nó, a aquella en cuyas manos él crea conveniente hacerlo». Se extendió en consideraciones contra las actividades del doctor Paulo Emilio Villar, y con la exquisita amabilidad que lo distinguía, me deseó feliz viaje. Impuesto el General Uribe Uribe del buen resultado de mi cometido, complacido, expuso: «Ya ve usted cuánto pesa el nombre del doctor Pablo Arosemena!».

De regreso al hotel, manifesté al General José María Ruiz, que abrigaba temores de que, durante mi viaje, me requisaran y de que se apoderaran de la correspondencia que debía llevar a Panamá; que para evitar ese evento, le pedía el favor de que me consiguiera un salvoconducto del Ministro de Guerra, General José Santos. Me prometió dar los pasos del caso y al día siguiente, cuando almorzábamos, me dijo que había hablado con el General Santos acerca de lo que yo deseaba y que éste le había contestado: «Dígale

a su amigo, que se vaya tranquilo, pues nada le pasará; y sigan ustedes preparándose, que eso nos servirá a ambos o a ustedes». Como se vé, estas palabras concuerdan con el tema de sus conversaciones anteriores con el General Ruiz, a las cuales me he referido; y, pues viene al caso, debe recordarse la célebre frase de un conspicuo conservador-histórico, aludiendo a nuestra revolución en cieme: «Revolución, por revolución, prefiero la que están haciendo los liberales». Cómo contrastan todas estas manifestaciones con la conducta observada por el historicismo, cuando a raíz del golpe de estado del «31 de Julio» que lo llevó al poder, dijo al país por boca de uno de sus voceros más autorizados: «El 1.º de agosto de 1900 comenzó la verdadera responsabilidad histórica del partido conservador en el Gobierno: Lo anterior fué un interregno de vergüenza que no le pertenece».

Manes de José María Suárez Lacroix, Cesáreo Pulido y tantos otros mártires liberales!

La demora en venirme la respuesta del doctor Paulo Emilio Villar a mi carta referida, y que al fin no recibí, me impidió que embarcara en el vapor «Montoya», para seguir a Barranquilla, buque que en ese viaje de bajada se incendió, pereciendo en el siniestro, entre otras personas, su meritorio Capitán don Eladio Noguera y el General Julio Rengifo, que según entiendo, llevaba en el bolsillo el nombramiento de Jefe de la plaza de Panamá.

Emprendí mi viaje de regreso. Me honraron acompañándome a la Estación del Ferrocarril para despedirme, los Generales Rafael Uribe Uribe y José María Ruiz. El primero me entregó una carta para el dueño de una Agencia de transportes de Facatativá, a fin de que me proporcionara dos buenas mulas, una de silla para mí y otra de carga para mi equipaje, además de un peón de confianza que me acompañara hasta Honda, donde llegué al día siguiente por la tarde a tiempo para tomar el vapor «Bernardo Elbers», que capitaneaba don Juan del Valle. Al pasar dicho barco por el sitio donde tuvo lugar el siniestro del vapor «Montoya», todos los pasajeros pudimos contemplar los escombros que aún quedaban de esa nave, o sea el casco dentro del cual ardían todavía muchos sacos de café pertenecientes a su cargamento.



De regreso en Barranquilla. — Conferencias. — Pedro Blanco Soto, Genaro Salazar, Julio A. Vengoechea, Demetrio Dávila, Francisco de P. Manotas, Santander A. Galofre, Juan de Dios Pérez Fandiño, Anastasio Navarro, Juan Macario Vergara, José María Cuéllar, Faraón Pertuz, Aquilino Ramírez, Ramón Santodomingo Navas, Adán Franco. — Cañonero «Hércules». — Federico Vengoechea.

De regreso en Barranquilla, los amigos y copartidarios Vengoechea, Blanco Soto, Salazar, Manotas e Iguarán, a quienes a mi paso por la ciudad les había informado acerca de los acontecimientos que originaron la comisión que llevaba a Bogotá, y, además, los no menos entusiastas liberales y amigos con quienes aquellos se habían puesto a la voz, doctor Santander A. Galofre, Juan de Dios Pérez Fandiño, Anastasio Navarro, Juan Macario Vergara, José María Cuéllar, Faraón Pertuz, Aquilino Ramírez y Ramón Santodomingo Navas, me inquirieron con el mayor interés, por el resultado de esa comisión. Les dí cuenta de todo lo que queda expresado atrás y ellos me pusieron al corriente de los pasos que habían dado y de los que seguirían dando para que los acontecimientos que se veían venir precipitadamente, no sorprendieran tanto a ellos como a las masas que los secundaban, mano sobre mano. Nos reuníamos, como en la ocasión anterior, pero no todos a la vez, en la trastienda del almacén de Iguarán, pues Santodomingo Navas me recibía en su casa de habitación donde estaba muy enfermo y don Demetrio Dávila y el doctor Francisco de P. Manotas, en sus respectivas oficinas.

Sería largo enumerar todos los pormenores de las actividades llevadas a cabo por ellos tendientes a la organización de los planes a realizar y que estaban muy adelantados. Entre los principales figuraba el apresamiento de los vapores que viajaban en el río Magdalena, para lo cual se habían designado los copartidarios que, en la fecha que se acordara, debían tomar a viva fuerza, si era necesario, el comando del buque en el cual irían como pasajeros desde la ciudad, verificado lo cual, debían seguir río arriba, para ir apresando todos los vapores que bajaran; pero entretanto, había un problema grave que debía vencerse, cual era el de imposibilitar al Gobierno para que los persiguiera con el cañonero «Hércules», que estaba bien dotado de armas de combate. Se deliberó sobre el asunto y se acordó tomar esa unidad de guerra por asalto, en la noche del día 19 del mes que estaba corriendo, o sea octubre de 1899, víspera de la fecha en que, salvo contra órdenes, debía estallar la revolución que se iba a apoyar. Determinación tan grave y cuya ejecución era arriesgadísima, no era prudente divulgarla a los cuatro vientos y por eso se mantenía en secreto, del cual participábamos pocos de los conjurados. Mas como se cayó en la cuenta de que las noches de esos días, eran noches de luna

y de que, además, dicho cañonero estaba amarrado al costado oriental de canal que baña a la ciudad de norte a sur, para repararle las chimeneas las cuales se habían tumbado, circunstancias esas, sobre todo las dos primeras, que impedían dar ese audaz golpe de mano, toda vez que la luz de la luna permitiría a los centinelas percibir a larga distancia a quienes trataran de acercarse al barco y de consiguiente prevenir o dar alerta a la guarnición que lo custodiaba, para que procediera a su defensa, con desventaja absoluta para los asaltantes, hubo de desistirse de esa intentona.

Como queda anotado, había regresado de Bogotá sin recibir la respuesta a la carta que le puse al doctor Paulo Emilio Villar, asunto que me preocupaba, pues consideraba de suma importancia saber, a ciencia cierta, si en consideración a los razonamientos de esa carta él, cuya decisión al respecto sería acatada, había o no accedido a posponer la fecha para el pronunciamiento; pero esa preocupación desapareció con la llegada del doctor Adán Franco a la ciudad, que me trajo, de viva voz, la respuesta anhelada en estos términos: «Sin esperar nuevo aviso, la revolución estallará el 20». Se refería al mes en que estábamos.

Como el tiempo angustiaba, aceleré mis preparativos de viaje para la ciudad de Panamá, donde se me esperaba con ansiedad. Así lo comuniqué a los amigos y copartidarios con quienes me veía a menudo. Anastasio Navarro, que durante los últimos años que vivió en el Istmo estuvo, como yo, empleado en el Ferrocarril de Panamá y era mi buen amigo, se empeñó en irse conmigo, deseo del cual desistió al recordarle que si era cierto que allá se habían adelantado preparativos bélicos, también lo era que no estaban maduros, precisamente porque no se sabía—y ello fué la causa de mi viaje a Bogotá—cuál era la actitud al respecto en las otras secciones del país, orientación que era necesario obtener para obrar en concierto; y que, por tanto, allá no estábamos, prácticamente, mejor armados que en la costa.

Era sorprendente que el Gobierno no se diera cuenta, como lo parecía, de la amenaza que lo rodeaba, pues no tomaba ninguna medida para resguardarse. Aunque el liberalismo barranquillero era discreto, como lo demuestra la observación anterior, siempre era necesario estar prevenido para cualesquiera emergencias. De ahí que decidí no comprar en la ciudad mi boleto de pasaje, en la tarde del día anterior en que debía zarpar el vapor que debía tomar, para lo cual ideé manifestarle a don Federico Vengoechea, caballero que era atento y servicial, socio de los señores Vengoechea & Cía., Agentes de la empresa dueña de la nave en cuestión, que era casi seguro que embarcaría para Colón al día siguiente, pero que como ello dependía de que cerrara un negocio que tenía entre manos, le pedía el favor de que llevara con el despacho del buque el talonario de pasajes a fin de que me extendiera uno en Puerto Colombia. Aceptó mi petición y al día siguiente—16 de octubre de 1899—a bordo, me dejó complacido. Usé de esta estratagema,

porque don Federico era conservador. Me acompañó hasta que zarpó la nave el inolvidable Juan de Dios Pérez Fandiño, quien al igual de Anastasio Navarro, Efraín Mejía, General Manuel Vásquez y muchos otros abnegados liberales, cuyos nombres deploro no recordar, rindió la vida en defensa de nuestros ideales políticos en el combate de «Los Obispos», acción de armas en la cual los vencidos, cosecharon laureles inmarcesibles, si es que el valor desplegado por ellos en esa sangrienta lucha, inermes, es hazaña digna de honor y de alabanza!

VI

De regreso en Panamá. — Doctor José del C. Varela. — Conferencias. Desaliento del Doctor Pablo Arosemena. — Insistencia en los preparativos de la guerra.—Detención del Doctor Manuel Antonio Noriega, Temístocles Díaz, Alberto Santodomingo, José Agustín Arango Jované, José Pablo Urriola, Juan Antonio Mendoza. — Escondite en «Pueblo Nuevo». — Incidentes a la salida de Panamá. — Corozal.— Persecución. — Arraiján. — Ensenada de Bique. — Pacto en el puerto de «La Chorrera». — Don José Agustín Arango, don José Guillermo Lewis, don José Dutary Ayala. — Viaje a Guayaquil.

El 18 de Octubre de 1899, desembarqué en la ciudad de Colón de regreso de Bogotá. No tuve tiempo para verme con el doctor José del C. Varela, como me habría complacido hacerlo, porque tenía que tomar sin dilación, el tren que debía conducirme a la de Panamá, donde se tenía noticia de mi arribo y se me esperaba deseosamente. A los amigos que salieron a recibirme los enteré, apenas suscitadamente, de la inquietante situación política que dejaba atrás y convinimos en que después de que le entregara al doctor Pablo Arosemena la correspondencia que para él traía, nos reuniríamos nuevamente para analizar el grave problema que nos planteaba la inminencia de la fecha en que iba a estallar la revuelta. Luego que el doctor Arosemena leyó dicha correspondencia, le hice un recuento de los importantes incidentes que quedan narrados; incluso, le dí a conocer, repitiéndola literalmente, la respuesta verbal que dió a mi carta, tantas veces citada, el doctor Paulo Emilio Villar, por conducto del doctor Adán Franco, según la cual dentro de dos días más, estaríamos en guerra civil. Don Pablo, o el doctor Pablo, como cariñosa e indistintamente se le llamaba en Panamá al doctor Pablo Arosemena, ante la revelación que acababa de hacerle, sin vacilar, me dijo: «Todo ha fracasado. Sería una locura buscarle enmienda». No obstante que el tono que dió a sus palabras denunciaba laconvicción que las dictaba, me permití replicarle que con voluntad y diligencia, en los dos días que aún fal-

taban, mucho se podría hacer. Con la cortesanía que le era habitual, reafirmó sus conceptos, vaticinando además, que los pasos que diéramos en ese camino, conducirían a insuceso. Finalmente, le manifesté que creía que nuestros amigos no se resignarían a la inacción y que, como era de mi deber hacerlo, iría a darles cuenta de cómo apreciaba él la situación. Nos despedimos cordialmente y acto seguido, fuí a juntarme con los amigos que, como se sabe, me aguardaban.

La simple noticia del desaliento del doctor Arosemena, no bastó en un principio, para que decayera, como lo había previsto, el optimismo de que encontré poseidos a esos amigos y del que yo también era partícipe. Fué del estudio que luego hicimos de ese importante problema, de donde surgió el temor de que nos sería difícil sin el respaldo o mejor dicho, sin la aquiescencia de don Pablo, dar los pasos — bien pocos por cierto — que faltaban para coronar con buen éxito las meditadas labores que habíamos adelantado antes de mi partida para Bogotá, según las cuales caerían en nuestras manos las armas que se necesitaban para afianzar la revuelta.....

Con esa preocupación, nos separamos, previo acuerdo de que cada uno por su lado, sondeara tan crítica situación y diera cuenta en próxima reunión, del resultado de sus gestiones, pues persistíamos en la idea de que al fin saldríamos adelante.

Dos días después, del 20 de Octubre en cita, concurrí a la hora convenida, al lugar donde quedó acordado que deliberaríamos nuevamente sobre el particular. Mas pasados algunos momentos, recibí aviso de que acababa de ser detenido el doctor Manuel A. Noriega y de que la policía andaba buscando, con igual propósito, a Temístocles Díaz, al doctor Francisco Filós, y a otros copartidarios, inclusive al que esto escribe. Inmediatamente me dirigí a la casa del primero de los nombrados, amigo íntimo e inseparable compañero mío durante su meritoria vida, para informarlo de lo que estaba sucediendo e instarle que debíamos ocultarnos a toda prisa. Alberto Santodomingo, hijo del General Ramón Santodomingo Vila, que me acompañaba en esos momentos, decidió no abandonarme y así fué como juntos los tres, siguiendo por la orilla del mar, llegamos a «La Boca», hoy Balboa, sitio donde se encontraba entonces uno de los primitivos campamentos de los trabajos del «Canal de Panamá», para de allí regresar a la ciudad y escondernos como lo verificamos, a eso de las siete de la noche, en la casa de habitación de un copartidario y amigo, situada en el barrio de «Pueblo Nuevo». Entramos sin anunciarnos hasta la alcoba, causando natural sorpresa a la esposa del dueño de la casa, que todavía no había regresado de los quehaceres en que anduviera. Compareció éste, a poco; ocurrió a atendernos y como notara que nuestros vestidos estaban húmedos, pues que antes de haber llegado a «La Boca», nos cayó un aguacero, de la suya nos dió algunas ropas con las que pudiéramos estar mientras se secaban las nuestras. Sabedor de que no ha-

bíamos comido, ordenó que se nos preparara frugal cena, la que tomamos con apetito.

En ese escondite, discurrimos acerca de la persecución de que éramos víctimas, y llegamos a las siguientes conclusiones: Que algo anormal y grave habría ocurrido en relación con el orden público; que por ende, debíamos considerar fallidos nuestros planes anteriores, pues ya no nos sería dable dar los pasos para realizarlos; y, por último, que si, cuanto antes, no asumiéramos una actitud que evidenciara cómo era cierto, cual lo habíamos predicado día a día, que estábamos dispuestos a luchar con las armas, por el triunfo del partido, quedaría muy desairada nuestra situación política. Estas conclusiones me hicieron recordar y referir el incidente narrado atrás, ocurrido con el General Uribe Uribe en Bogotá, cuando olvidándose él, momentáneamente, que era mi deber regresar al Istmo para rendir cuenta de la comisión que se me había encomendado, me insinuó me fuera con él para los campamentos de Santander.

Temístocles Díaz, bella esperanza del partido y de la Patria, a quien más tarde, mientras avanzaba a pecho descubierto, las balas de las trincheras enemigas del «Puente de Calidonia», le arrebataron su vida meritoria, con voz amistosa, me preguntó: «Tú, qué vas a hacer?» «Convidarte, repuse, a que nos vayamos en el primer barco que zarpe de Colón, para juntarnos con el General Rafael Uribe Uribe, y luchar a su lado por el triunfo del partido liberal». «Aceptado!» exclamó sin vacilar. Ni que decir hay que así quedó acordado.

Por aquella época no era necesario obtener pasaporte para salir del país. De consiguiente, la única posible dificultad que tendríamos que vencer para realizar ese propósito, sería la de trasladarnos sigilosamente a Colón, para tomar allí el vapor que debía conducirnos a Venezuela de donde, con facilidad podíamos llegar al campamento del General Uribe Uribe; y proveernos—era lo principal—de fondos suficientes para hacer ese recorrido. Ir hasta Colón y embarcarnos sin contratiempo, nos habría sido factible, pues con sólo desearlo, habríamos tenido el concurso del personal de empleados del Ferrocarril de Panamá que manejaba sus trenes y el muelle en donde estaría atracado el vapor en el cual deberíamos embarcar, dada la circunstancia favorable, de unirme a ellos estrecha amistad cultivada durante largos años, como que habíamos sido compañeros de trabajo hasta un mes atrás, según se sabe, y toda vez que no iríamos a cometer acción socialmente censurable.

Para proveernos de los fondos en cuestión, debíamos ponernos en comunicación con alguna persona de absoluta confianza, y, para el caso, nadie sería mejor indicado que don Domingo Díaz, padre de Temístocles y el mejor amigo que he tenido; pero he aquí que como deseábamos que él ignorara el asunto que teníamos entre manos, porque tal vez podría oponerse a su realización, surgió un dilema de cuyos términos era preciso que eligiéramos alguno; y tras de la deliberación que se imponía, optamos por enviar a don Domingo

una lacónica misiva, suscrita por Temístocles, solicitándole el envío de los recursos aludidos. De esa misiva y con expresa advertencia de que no revelara nuestro escondite, fué portador en la mañana siguiente, el buen amigo que con agrado nos hospedaba y prodigaba exquisitas atenciones. Devuelto él de esa comisión, nos expuso que don Domingo, con insistencia, le pidió que le dijera dónde se encontraba su hijo, pero que a pesar de lo mucho que lo respetaba, cumpliendo la recomendación que se le hizo, se negó a complacerlo; y en resumidas cuentas, que no recibió ninguna respuesta.

Es de suponer que don Domingo le haría seguir los pasos a nuestro buen amigo, pues es lo cierto, que por la noche del día de marras, se presentó donde nos encontrábamos. Nos informó que la Gobernación del Departamento había recibido aviso oficial de que la revolución había estallado; que a eso obedecía la detención del doctor Noriega y la persecución a nosotros y otros amigos. Esas noticias nos movieron a que le explicáramos con lealtad el proyecto a que estábamos aferrados y las causas que lo determinaron. Como lo habíamos pensado, desaprobó nuestros intentos, manifestando a la vez, que aunque de momento se carecía por causas bien conocidas, de armas suficientes para un levantamiento en regla, debíamos pronunciarnos con las escasas que se pudieran reunir, en la seguridad de que muchos copartidarios con entusiasmo nos seguirían, para lo cual inmediatamente se daría él a la tarea de prevenirlos y que luego nos comunicaría, durante el curso del día siguiente, cuándo y en qué lugar podríamos reunirnos con ellos, por conducto de nuestro amigo, porque por razones obvias, no sería prudente que él volviera a visitarnos. Tales eran su continente, el ardor de sus palabras, y, sobre todo, el influjo que sobre nosotros tenía, como padre y amigo inmejorable, respectivamente, que sin meditar las consecuencias de su decisión, respetuosamente la acatamos.

Agustín, que así se llamaba aquel servicial amigo cuyo apellido en vano me esfuerzo en recordar, después de algunas entrevistas con don Domingo, nos notició de parte de éste, que a las ocho de la noche vendría para seguir con nosotros, nuestro decidido y copartidario amigo José Agustín Arango Jované; que en la población de Corozal o sea la primera que se encuentra hacia Colón, en la línea del Ferrocarril de Panamá, nos esperarían esa misma noche, todos los demás liberales que coadyuvarían a la conspiración; y añadió, de su cuenta, que en la ciudad había efervescencia y que pelotones de policía la rondaban. Al regresar de una de sus salidas, nos trajo sendos revólveres de que carecíamos.

Puntualmente llegó a la casa donde estábamos ocultos, Arango Jované. Nos contó que para evitar que la policía lo descubriera al cruzar la ciudad, ingenió que una amiga del **arrabal** — se denomina así al barrio dentro de la misma ciudad, donde habita la masa popular — provista de un pañolón, tomara un coche y fuera en su busca para que, sentada ella en las piernas de él, lo cubriera con su abrigo de manera que, a primera vista,

pareciera que solamente ella ocupaba el coche. Pocos momentos después, se nos unieron dos copartidarios más, de los cuales sólo recuerdo por su nombre a José Pablo Urriola, que nos era particularmente adicto. Don Domingo, horas antes, nos había llevado de su peculio algunos fondos, los cuales por estar representados en monedas de plata, los distribuimos entre Temístocles, Santodomingo y yo, porque hubiera sido embarazoso que uno sólo los llevara consigo.

Dados los informes que teníamos o sea de que la policía había establecido un servicio de rondas, era casi seguro que se habría situado alguna vigilancia a la salida de la ciudad, en la línea del Ferrocarril por donde, necesariamente, tendríamos que pasar para llegar a Corozal. En tal virtud, convinimos para no llamar mucho la atención, en no abandonar todos a la vez nuestro escondite, sino uno a uno, y en ese orden seguir la marcha hasta cruzar por el lugar referido y que si apesar de esa precaución se nos interrogaba en alguna forma, nos haríamos los desentendidos y no ejerceríamos actos de violencia, sino en el caso de que fuéramos atacados.

La línea del Ferrocarril a la salida de Panamá, estaba bordeada por casas de los barrios de «Pueblo Nuevo» y «San Miguel», las cuales no estaban frente a frente, pues al terminar la hilera de casas del primero comenzaban las del segundo. Emprendida nuestra marcha, seguíamos en el orden acordado, sin contratiempo, mas después de que los delanteros habíamos llegado frente a las casas de San Miguel, oímos un «alto! ¿quién vive?». De los que nos seguían, Arango Jované que era impetuoso, disparó su revólver contra el que dió la voz de alerta, que resultó ser un agente de la policía que estaba de centinela, que a la vez, correspondió con otro disparo. Rotos así los fuegos, Temístocles rápidamente, disparó también. El centinela cayó herido en una pierna según se supo después, visto lo cual, algunos de los nuestros trataron de alejarse aceleradamente, casi corriendo, por lo cual hube de observarles que les sería contraproducente seguir saltando a esa velocidad sobre las traviesas de la línea férrea, pues de seguro les sobrevendría un percance; y sobre todo que debían tener en cuenta que mientras se diera aviso al cuartel de la policía o al del ejército, y se ordenara nuestra persecución, la escolta que se designara para llevarla a cabo, saldría de la ciudad con tal retardo que, aún andando nosotros a paso regular, nos permitiría llegar y abandonar a Corozal para tomar la vía que de allí en adelante debíamos seguir. Entretanto, a Alberto Santodomingo, uno de los que precipitadamente trataron de alejarse del teatro de los sucesos, no lo vimos más, porque según lo supimos mucho tiempo después, se torció un pie al saltar por encima de las traviesas, accidente que lo obligó a esconderse en unas malezas hasta que, poco a poco, pudo regresar a Pueblo Nuevo y tomar un carro repartidor de pan que lo llevó a la ciudad. Todo con gran mortificación de parte de él, porque era un mozo íntegro y valeroso.

En Corozal, nos esperaban Juan Antonio Mendoza, José María Marín y dieciseis copartidarios más, cuyos nombres no puedo recordar. Estaban armados de rifles Remington y una que otra carabina Winchester, con no muy abundantes pertrechos para esas armas. Con la premura que las circunstancias requerían, seguimos por la vía férrea y luego torcimos a la izquierda vadeando un riachuelo y nos internamos por una vereda que estaba muy fangosa y que conduce al Arraiján, población a donde llegamos como a las seis de la mañana. A José Agustín Arango Jované le flaqueaba una pierna y debido a ello, no pudo entrar a esa población junto con los que a ella llegamos los primeros, sino una media hora después acompañado de los que le ayudaban en su trabajoso andar:

En pos nuestro, pero con tardanza que justificó la suposición de que no seríamos alcanzados antes de llegar a Corozal, salió a perseguirnos una compañía del batallón «Colombia», la cual pasó por esa población cuando ya la habíamos abandonado y avanzó hasta Emperador, sin conseguir noticias de nuestro derrotero. Esa tropa la comandaba un capitán de apellido Muñoz que, por una de tantas ironías de la vida, era cuñado de Anastasio Navarro.

Nos apoderamos del telégrafo, ordenamos preparar desayuno para todos y mientras, nos dimos a la tarea de solicitar en alquiler las cabalgaduras que se pudieran encontrar. Conseguimos esos menesteres y pagados sus valores correspondientes, caímos en la cuenta de que Alberto Santodomingo, a consecuencia del accidente que le sobrevino, no pudo devolvernos la parte de los fondos con que contábamos y que para facilitar su acarreo, lo habíamos repartido con él, Temístocles y yo, percance éste de mucha consideración en esos momentos, porque como se ve, no queríamos cometer deprecaciones.

Del Arraiján nos dirigimos a la ensenada de «Bique», donde existía un caserío de agricultores, con el objeto de contratar embarcaciones para trasladarnos rápidamente a la Provincia de Coclé, que era nuestro principal objetivo. Tomamos esa determinación, porque el trato y comunicación de las poblaciones del interior del Departamento entre sí y con la ciudad de Panamá, se hacía en aquel entonces, por agua, debido a que no existían caminos expeditos, sino veredas que, además, estaban intransitables a causa del invierno reinante en esos días.

De la clase de embarcaciones que podían servirnos, solamente había dos en el puerto, que era lo mismo que no haber ninguna, como es obvio. Ese contratiempo nos obligaba a demorar en ese lugar hasta la tarde del día siguiente que sería cuando regresarían las que habían salido para Panamá en viaje de negocios; y a tomar ciertas medidas para nuestro resguardo. Se pusieron retenes en puntos estratégicos. Uno de los centinelas, José María Marín, que vigilaba la orilla del mar, a eso de las seis de la tarde, vió que se acercaban por la playa dos individuos que, a la distancia que los divisó, le parecieron soldados del Gobierno. Les gritó «alto! ¿quién vive?» y como guardaran silencio, les disparó con su fusil. Los soldados o lo que fueran, al oír el

disparo se devolvieron corriendo. En seguida, se despachó un piquete al mando, si no recuerdo mal, de Juan Antonio Mendoza, para que explorara el camino por donde aparecieron y se fugaron los presuntos soldados. A las siete de la noche, más o menos, regresó la escolta y su comandante informó que como a un kilómetro de distancia de nuestro campamento, había encontrado abandonada y arrimada a la playa, una lancha con la particularidad de que su timón estaba a un lado, en tierra; que no había descubierto ninguna fuerza enemiga, por lo cual sospechaba que los fugitivos podrían ser soldados enviados para expiarnos, y que, temerosos de caer en nuestras manos, si tomaban la lancha que era movida por remos, la abandonaron para seguir quien sabe qué rumbo.

Se redobló el servicio de vigilancia para esa noche. En vez de quedarnos en el poblado, pernoctamos en los montículos vecinos. Pasó la noche sin novedad, pero al llamarse a lista en la mañana siguiente—lo anoto con pena—quedaron de manifiesto algunas desertiones. Tan grande decepción nos dejó perplejos; pero no fué bastante ese revés para desalentarnos, pues seguimos aguardando el regreso de las embarcaciones referidas, que debíamos tomar para continuar adelante. Llegadas éstas, sus tripulantes nos informaron que habían oído en la ciudad de Panamá, que el Gobierno había despachado, por mar, fuerzas para atacarnos. Esa noticia, no obstante la vaguedad de su origen, no era de aquellas cuya verosimilitud se pudiera descartar a priori; por el contrario, revelaba una decisión oficial que debíamos admitir como natural consecuencia de los pasos en que andábamos. En todo caso, nuestra situación se puso crítica y era necesario darle pronta solución.

Bastaba considerar ligeramente esos antecedentes, para comprender que nos encontrábamos en un atolladero, pues no podíamos enfrentarnos, con probabilidades de buen éxito, a un enemigo que nos aventajaba mucho en número y que disponía, además, tanto en tierra como en el agua, de elementos de que carecíamos. Por otra parte, era duro entregarnos a discreción. Se imponía, pues, disolvernó. En esas estábamos, cuando un inesperado acontecimiento vino en nuestra ayuda: Procedente de la ciudad de Panamá, llegó al poblado un sujeto portador de una carta dirigida a Temístocles y a mí, suscrita por don José Agustín Arango y don José Guillermo Lewis, en la cual nos participaban que el Gobernador del Departamento, doctor Facundo Mutis Durán, los había designado para que, en nombre del Gobierno, celebraran una entrevista con nosotros, tendiente a efectuar un arreglo que pusiera fin a nuestra revuelta; que, por tanto, nos anunciaban que al día siguiente, a la hora en que la marea lo permitiera, arribarían al puerto de La Chorrera, con tal objeto, seguros como lo estaban, de que concurriríamos a esa cita, animados de la misma buena voluntad conque ellos lo hacían, tratándose como se trataba, de tan alto intento. Ambos, don José Agustín Arango y don José Guillermo Lewis, eran conservadores, caballeros de gran prestancia social; político

de renombre el primero y honra de la banca panameña el segundo. Como se ve, la ayuda enunciada, estaba manifiesta.

De común acuerdo, Temístocles y Arango Jované, nuestro conmitón, que además era sobrino y yerno del primero de los dignos comisionados de la Gobernación, me designaron para que, en representación del movimiento armado de que éramos jefes, discutiera y firmara un arreglo decoroso que zanjara nuestras dificultades.

Con antelación a la hora en que debían desembarcar en el lugar de la cita dichos comisionados, me apresuré a irlos a esperar. Desde la embarcación que los traía, me saludaron amablemente; ya en tierra, nos abrazamos, como que me unía a ellos respetuosa amistad. Entramos a una casa vecina. Les manifesté que mis compañeros y yo les estábamos muy reconocidos por haber aceptado la misión que los traía, que tanto nos honraba.

A modo de preámbulo, don José Agustín Arango expuso más o menos: «En la ciudad de Panamá reina actualmente mucha ansiedad por la suerte de ustedes, porque se tiene conocimiento de que el Gobierno ha despachado gran parte del batallón «Colombia» para que los ataque donde se les encuentre. Con tal motivo un grupo de caballeros partícipes de ese justificado desasosiego general, visitó al señor Gobernador del Departamento, con el propósito de conseguir de él, el nombramiento de una comisión de paz que buscara los medios de evitar un encuentro que se consideraba sería funesto para ustedes, habida consideración de la inferioridad de sus fuerzas en comparación con las que los persiguen. Como resultado de esas plausibles gestiones, tanto José Guillermo como yo, venimos a cumplir, gustosamente, el encargo que nos ha hecho el señor Gobernador, o sea el proponerles un convenio mediante el cual no haya ni vencidos ni vencedores». Le contesté que lo que acababa de exponer acrecentaba nuestra gratitud hacia ellos; pero que, como desde el día anterior habíamos sido noticiados de la actitud del Gobierno contra nosotros, estábamos preparados para rechazar las agresiones de sus tropas, las cuales se llevarían un gran chasco si contaban con que era empresa fácil vencernos, porque estábamos resueltos, en el último caso, a venderles caras la victoria y nuestras vidas». «Precisamente, interrumpió don José Guillermo Lewis, nuestro principal empeño consiste en evitar el sacrificio estéril de sus vidas y las de sus compañeros, como así tendría que suceder, porque las únicas fuerzas armadas que en esta sección de la República, respaldan los ideales que ustedes persiguen, son las comandadas por ustedes. Nuestra misión es de paz y paz venimos a ofrecerles en condiciones tan honrosas, que confiadamente esperamos será aceptada por ustedes; y, añadió: Aunque parezca exótica, permítaseme esta manifestación final: Dada nuestra filiación política, el triunfo de las armas del Gobierno nos complacería, si no estuvieran de por medio las circunstancias que los rodean y que nos vedan desearlo por tanto».

Tales razonamientos, teniendo en cuenta que nos encontrábamos en situación desesperada, como queda demostrado, no podía redargüirlas, honradamente, sin incurrir en contumacia. En consecuencia, se procedió a discutir los puntos esenciales del convenio que luego se firmó, en cuyas cláusulas quedó especificado por parte del Gobierno que gozaríamos, sin menoscabo alguno, de nuestra ciudadanía, pues solamente adquirimos el compromiso de entregar las armas. De ese documento, que tiene las firma de los dos comisionados del Gobierno, señores don José Agustín Arango, don José Guillermo Lewis y la del que estas líneas escribe, solamente se extendió un ejemplar que debe existir en los archivos en la sección correspondiente a la Gobernación del Departamento de Panamá, porque se lo llevaron dichos comisionados.

Regresé a «Bique» en seguida. Dí cuenta pormenorizada a mis compañeros del contenido del convenio que acaba de firmar con los representantes de la Gobernación del Departamento y todos ellos manifestaron su complacencia por la manera afortunada como se le puso fin a la difícil situación que veníamos atravesando. Luego nos disolvimos y emprendieron el regreso a sus hogares todos los que hasta ese momento nos acompañaron. Temístocles, Arango Jované y yo, nos dirigimos a una hacienda de propiedad de nuestro amigo y copartidario don Eduardo Icaza, quien nos dió amable hospitalidad. Al día siguiente, por la vía de «Farfán», nos encaminamos a «La Boca», y en un coche, entramos a la ciudad de Panamá, en las horas de la tarde.

Algunos amigos nos informaron que el doctor Francisco Filós, debido a la premura con que se desarrollaron los acontecimientos que nos obligaron a la intentona revolucionaria, cuyo fin queda explicado, no pudo sumarse a nosotros, pero que burlando la vigilancia del Gobierno, había seguido directamente a la Provincia de Coclé, con el objeto de alcanzarnos; y que el puerto de Tumaco había sido tomado por fuerzas liberales, según avisos que el Gobierno había recibido y mantenía en secreto.

Como quiera que Temístocles y yo, como queda explicado atrás, nos considerábamos obligados a respaldar con hechos nuestra labor prerrevolucionaria, la noticia de la toma de Tumaco nos indicó el derrotero que debíamos seguir para llenar cumplidamente nuestro deber; y, sin más averiguaciones, comenzamos a dar los pasos para, cuanto antes, trasladarnos a aquel campamento, a prestar nuestros servicios.

Entre tanto, y no obstante de que no debíamos ser molestados en ninguna forma, por razón del levantamiento a que puso fin el pacto tantas veces citado, según el cual seguiríamos gozando de nuestra ciudadanía, sin limitaciones, el señor Alcalde de la ciudad, que si no estoy equivocado, lo era don José Dutary Ayala, me citó a su despacho con el objeto de que rindiera declaración acerca del levantamiento en cuestión. Se me interrogó para que diera los nombres de todas las personas que tomaron parte en el mismo. Contesté negativamente y aduje como razón de mi negativa, que yo no era de-

lator; pero hice constar que lo habíamos encabezado Temístocles Díaz, José Agustín Arango Jované y yo. No se me hicieron más preguntas y se dió por terminada la diligencia en que me ocupó.

En aquella lejana época, para ir a Tumaco se podía hacer el viaje de dos modos: tomando pasaje en uno de los vapores caleteros pertenecientes a la Pacific Steam Navigation Co., los cuales hacían su recorrido desde Panamá hasta Guayaquil, tocando en los puertos intermedios de Colombia y los del Ecuador; o embarcando en vapores que se despachaban hasta el sur del Pacífico, que hacían su primera escala en Guayaquil. No era prudente tomar uno de los caleteros, porque era de suponer que al pasar por Buenaventura seríamos apresados. De consiguiente, Temístocles y yo resolvimos tomar uno de los últimos, para ir directamente a Guayaquil y de allí a Tumaco. Yo no pude ausentarme de la ciudad en la misma fecha en que lo hizo Temístocles, sino pocos días después.

VII

**Guayaquil. — Temístocles Díaz, Simón Chaux. — «Hotel París»
Malas noticias de Tumaco. — Junta organizadora de una expedición
para invadir la costa sur del Cauca. — Julio Plaza, Juan Jacobo
Restrepo, Roberto Payán, Ricardo Gómez, doctor Germán F. Lince,
Benicio Mejía, Cónsul de Colombia, doctor Felicísimo López, Lu-
ciano Coral, don Luis A. Dillón, Coronel Carlos Concha, Ramón y
Antonio Vallarino Z., General Eloy Alfaro. — Amigos personales. —
Doctores Luis F. Pólit, Víctor H. del Castillo, José de Lapierre. —
Nombre de los expedicionarios. — Salida para Esmeraldas.**

Llegué a Guayaquil, una semana después de que Temístocles Díaz había arribado a esa ciudad. Como él tenía noticia de mi viaje, fué al puerto a recibirme acompañado del doctor Simón Chaux. Me llevaron al «Hotel París», donde ambos estaban hospedados; y allí aquél me dió la mala nueva de que el Gobierno había recuperado a Tumaco. Ese contratiempo daba al traste con nuestros planes, pues con la pérdida de esa plaza quedábamos, de momento, sin campamento a donde ir a prestar nuestros servicios, que era nuestra idea predominante al abandonar a Panamá, pero en seguida, los dos, a una voz, me informaron que un numeroso grupo de partidarios importantes, entusiastas y de acción, del cual formaban parte y con cuyo personal me pondrían en contacto, tenían muy adelantados los preparativos para equipar una expedición que invadiría el Departamento del Cauca, por la costa sur. En efecto, luego me relacionaron con Julio Plaza,

Juan Jacobo Restrepo, Roberto Payán, Ricardo Gómez, doctor Germán F. Lince, Benicio Mejía, para no citar sino a los que, por circunstancias especiales, que no es necesario explicar, eran los principales.

El buen éxito de tan importante empresa requería que la discreción y la mesura guiaran nuestros pasos, pues al menor traspies, podíamos perder la confianza, y, por ende, los buenos oficios que nos prestaban personajes que simpatizaban con nuestra causa. Por otra parte, el Cónsul de Colombia, doctor Manuel Padrón, celoso de sus deberes, nos vigilaba sin descanso, y tal vez por eso mismo, solía reunirnos de la manera más amable. Caballeroso, ilustrado y campechano—cualidades que lo distinguen—era contertulio deseable. Jamás disgustamos, pues aunque sabíamos de sus labores inquisitivas para cerciorarse de nuestros planes, porque las sentíamos de cerca, teníamos que reconocer que no eran agresivas.

Imperdonable y digno de censura sería que al hacer estas recordaciones callara los nombres del doctor Felicísimo López, de don Luciano Coral, el mártir; de don Luis A. Dillón, del Coronel Carlos Concha, de don José de Lapierre y de don Ramón y don Antonio Vallarino Zubieta, que merecen la gratitud de nuestro partido, por el ardiente interés que despertaba en ellos la suerte de nuestras armas. En cuanto al benemérito General Eloy Alfaro, no solamente nuestra colectividad, sino el país entero, deben reverenciar su memoria, porque durante su excelsa vida, en toda ocasión oportuna, demostró con actos afectivos, los más significativos, su devoción por Colombia. Baste recordar, que dió a su primogénita el querido nombre de nuestra patria, y su altiva actitud de solidaridad con nosotros en 1903. Por consiguiente, ocupa su busto, merecidamente, el honroso lugar en que lo ostenta la ciudad de Bogotá.

Era la primera vez, que visitaba la ciudad de Guayaquil. En ella vivían los doctores Luis F. Pólit, Víctor H. del Castillo, José de Lapierre y Luciano Coral, juriconsultos los dos primeros y periodistas los segundos, a quienes me unían lazos de amistad desde cuando, por largos días, saborearon en la ciudad de Panamá, el amargo pan del destierro que les impuso el Gobierno que dominó a su patria, hasta que sobrevino el que presidía el General Eloy Alfaro. Mas como eran muy embargantes las tareas que teníamos entre manos en esos días, apenas tuve tiempo para cruzar con algunos de ellos, breves saludos. En cambio, posteriormente, no sólo disfruté de las atenciones que me prodigaban, sino también el goce inefable que experimenta el espíritu al calor de un hogar donde reinen, como reinaban, en el de los esposos Pólit-Mannique, la felicidad y la virtud, hogar que me hizo el honor de abrirme ese recordado amigo. Como fruto de tan valiosas amistades, se ensanchó el círculo de mis relaciones en la culta ciudad guayaquileña.

Premiados nuestros desvelos con halagadores resultados, pues habíamos sorteado con fortuna los inconvenientes inherentes a empresas como la nuestra, de suyo espinosas, sólo restaba que se señalara la fecha para la partida de la expedición, verificado lo cual embarcamos en uno de los vapores caleteros,

creo que el «Manabí», con rumbo a Esmeraldas: Simón Chaux, Julio Plaza, Juan Jacobo Restrepo, Roberto Payán, Ricardo Gómez, Elías Medina, Francisco Galindo, Ricardo Armenta Arjona, Roberto Uribe, Aníbal Dosman, Laureano Gasca, Federico Lince, Temístocles Díaz, el autor de estos apuntes y otros más que lamento no recordar.

VIII

Llegada a Esmeraldas. — Copartidarios que se nos unieron. — Incidente Chaux-Plaza. — Carta de «Urias». — Esmeraldas, Puerto fluvial y marítimo. — Proporción de colombianos residentes en esa ciudad en relación con el número de habitantes de la misma. — Servicio de espionaje. — Comisionado a Limones. — Plascencio Trujillo, Ignacio Antonio Trujillo, Andrés Díaz. — Narración del Coronel Eduardo Ortiz, de la toma de Tumaco el 6 de noviembre de 1899. Clave elaborada por Temístocles Díaz. — Goleta «Tunguragua». Pioquinto Garcés, Servat & Dumerest, Yannuzzelli Hermanos. — Encallada cerca del puerto de Limones. — Maniobras para evitar naufragar. Banco o escollo denominado «Canchimalero».

En Esmeraldas, se nos unieron, que yo recuerde, los copartidarios señores Eduardo Ortiz, Eladio Pérez R., Alejandro Pérez R., Joaquín Ardila, Uladislao Delgado, Segundo Delgado, Alejandro Mosquera, Pío Quiñones, Samuel Solís, Manselmo Arizala, Pedro J. Arizala, Francisco Eladio Cervantes, José Silva, Jorge E. Gálvez, José Antonio Plaza y Ernesto Plaza.

El doctor Simón Chaux estaba investido con el carácter de Jefe de la Expedición. Hombre de letras, su nombre figuraba como el de uno de los mejores escritores de su época, motivo por el cual carecía de prestigio militar entre los revolucionarios—caucanos sureños—que formaban la gran mayoría de la expedición. Por otra parte, Julio Plaza, era un jefe de actividades bélicas ventajosamente conocidas en la región a la cual dirigíamos nuestros pasos. Sin su aquiescencia, en ninguna forma, porque no era él hombre de intrigas, y se hallaba al parecer, bien habido con la posición secundaria que se le había asignado, se censuraba, por lo bajo, que se hubiera encomendado a Chaux y no a Plaza, la dirección de las operaciones militares que se iban a emprender. Sea que hubiera llegado o nó al doctor Chaux la especie o por otra causa que nunca se supo, es lo cierto, que inesperadamente, éste le entregó a Julio Plaza una carta—la cual fue denominada por muchos, la «carta de Urias»—con el encargo de que personalmente la condujera a Guayaquil, comisión que sin chistar se apresuró a cumplir a bordo de un vapor que

pasó ese mismo día. El incidente causó bastante desagrado, pero nó fué óbice para que se tomaran las medidas preliminares necesarias, para llevar a cabo la invasión, en sí misma, o sea averiguar con certeza, por medio de espías sagaces y conocedores de la región ocupada por las fuerzas enemigas, la situación de éstas, su número y demás detalles que deberían tenerse en cuenta para elaborar el plan estratégico para atacarlas; y conseguir los vehículos para trasladarnos al campo de la cercana contienda.

Esmeraldas, importante ciudad ecuatoriana que, por estar situada en la desembocadura del río de su nombre, es a la vez, puerto fluvial y marítimo, contaba entre sus habitantes con muchísimos colombianos y descendientes de estos, caucanos en su mayor parte, cuyo número arrojaba, en relación con el de sus otros moradores, gran proporción. Era tanto el deseo de esos compatriotas por conservar su nacionalidad que, según versiones, solían llevar a sus hijos a Tumaco para que allá fueran bautizados. Estas circunstancias y la de que, además, casi todos eran liberales, por ser oriundos generalmente de la costa del Cauca, donde predomina el elemento liberal, dieron por resultado que, voluntariamente, muchísimos de ellos se incorporaron a la expedición como soldados, y que fuera fácil, como lo fué, establecer con su concurso, el espionaje aludido.

Aunque el escalafón de Jefes y Oficiales, todavía no se había elaborado, pues fué en Cabomanglares, población colombiana situada en el delta del río Mira, donde más tarde se organizó militarmente la expedición, por una especie de consenso general, se nos atribuía a muchos de nosotros grados que, a la postre, fueron confirmados por el doctor Simón Chaux, a quien con el natural plebiscito, se le reconoció como General en Jefe, cargo que asumió inmediatamente.

Roberto Payán, de grata memoria, era uno de aquellos a quienes se dió en titular Capitán; mozo de excelentes condiciones, conocedor como el mejor de toda la costa del Pacífico, donde además, era muy conocido y acatado, fué, atendidas esas circunstancias, designado para que se trasladara a la isla de Limones, o más claro, a la pequeña pero muy comercial población de igual nombre que en ella existe, con el fin de que consiguiera y equipara las embarcaciones necesarias para llegar en ellas al territorio patrio, comisión que, sin pérdida de tiempo, siguió a cumplirla en los primeros días de diciembre de 1899 y a la que, como era de esperarse, lucidamente le dió cima en poco tiempo.

Mientras tanto, entramos en un período de poca actividad que nos permitía algunas distracciones.

Residían en la ciudad, dedicados al comercio, varios compatriotas. De ellos recuerdo por sus nombres, a los estimables amigos don Plascencio Trujillo, don Ignacio Antonio Trujillo, liberales y don Andrés Díaz, conservador. Don Plascencio, oriundo como su esposa del Tolima, había trasplantado allí su hogar que, por las virtudes de aquella, la satisfacción del deber cumplido

de éste y la sana alegría de sus retoños: José Vicente, José Domingo, Humberto y una encantadora chiquilla, cuyo nombre desearía recordar, era un nido acogedor, donde más de una vez me hizo el honor de sentarme a su mesa para dividir conmigo el sabroso pan de la amistad. Inolvidable amigo, con quien me congratulo por la brillante y alta posición política que, merced a su cultivado talento y méritos personales, ha conquistado su hijo José Vicente, posición a la cual lo ví ascender, a pesar de la distancia, desde que en Lima como miembro de la delegación estudiantil de su país, gallarda y noblemente alzó su voz en favor de los estudiantes colombianos.

El Coronel Eduardo Ortiz, bajo cuya dirección inmediata se cumplieron los acontecimientos ocurridos en Tumaco, ya aludidos, nos informó de sus pormenores en los siguientes términos, más o menos, que estoy seguro puede confirmarlos: «Me tocó como jefe del liberalismo de esa Provincia, contestar el grito de rebelión lanzado en Santander el 17 de octubre próximo pasado, por el doctor Paulo Emilio Villar. Burlando la orden de prisión dada contra nosotros por el Prefecto de la Provincia, don Remigio Hurtado, salí de Tumaco con mis compañeros de Directorio y Pío Quiñones y Samuel Barreiro, en los últimos días de ese mes. A nuestro paso por los caseríos de «El Bajito», «Vaquería» y «Boca Grande»; se nos unió buen número de copartidarios, con los cuales, caminando de noche por esas desiertas playas, llegamos a «Cabo-manglares», donde tomamos descanso para organizarnos y resolver sobre el camino que debíamos tomar. Conocedores de que el Gobierno tenía en el caserío de «El Congal» — punto de tránsito obligado para el paso al Ecuador — un destacamento de treinta guardas, concebí la idea de apoderarme de esa guarnición, para dejar expedito el paso y poder ponernos en comunicación directa con los amigos que estaban en Limones y en Esmeraldas—Ecuador.—Embarcados en canoas pequeñas, pero ligeras, nos pusimos en marcha hacia «El Congal», y al llegar cerca a ese caserío, como a unos dos kilómetros de distancia, dejé a mis compañeros, unos cuarenta, a órdenes de Pío Quiñones y seguí acompañado de dos bogas escogidos entre los mejores, llamados Francisco y Genaro Otero. Llegados al caserío en cita, se me presentó el Capitán del Resguardo, un pastuso cuyo nombre no recuerdo, a pedirme mi pasaporte. Le manifesté que no lo tenía y que ni siquiera había intentado pedirlo, porque me lo habrían negado; que por tanto confiaba en que me dejara pasar, porque iba precisamente huyendo, para no meterme en nada; y que, como la noche estaba avanzada, me iba a hospedar en casa de un amigo, como en efecto lo hice en la casa del buen liberal..... Castillo, para pasar la noche y seguir al día siguiente mi supuesto viaje al Ecuador. Desde esa casa y por conducto de una mujer, me comuniqué con Victorio Guerrero—hoy sargento Mayor—liberal, que estaba prestando servicio de guarda en ese lugar, y convinimos en dar un asalto esa misma noche, como a las doce, hora en que él estaría de centinela, para lo cual él daría una señal convenida que yo pudiera oír desde mi alojamiento. De acuerdo con ese convenio, apesar de la

vigilancia que desplegaba el pastuso Capitán, que ordenó rondas y subía a verme cada media hora, con notoria intranquilidad, a la hora convenida y estando en esos momentos conmigo el Capitán, se oyó el entusiasta grito de «Viva el partido liberal!» Quiñones con la gente que tenía a su lado, llamado por los hermanos Otero—mis dos bogas—desembarcó y en una sola carrera, penetró libremente al cuartelillo, pues Guerrero le dió paso franco, sorprendiendo a la guarnición que estaba dormida, en la cual había cuatro o cinco guardas que estaban avisados de lo que iba a suceder y que se les unieron. Luego despaché circulares a los capitanes de las distintas secciones en que estaba organizado el liberalismo, de conformidad con el famoso «Plan de Marzo» del Genera! Uribe Uribe, citándolos a una reunión en el Descolgado, a donde ocurrieron sin demora. Resolvimos atacar a Tumaco. Con tal fin, el 5 de noviembre siguiente, con unos trescientos hombres y los pocos rifles tomados en el destacamento de «El Congal», ocupamos los caseríos de «El Bajito» y «Vaquería»; y al día siguiente, en la madrugada, es decir el seis del mismo mes, nos movimos sobre la plaza de Tumaco, donde ya se tenía aviso de nuestro avance. Llegamos al «Pindo» y dejando a Pío Quiñones a retaguardia, en «El Bajito» con su gente, continuamos en pequeñas canoas, hasta dicha plaza; mas hube de suspender el avance al avisarme el valeroso Capitán Fernando Cortés, de que flameaba a la entrada de la ciudad, una bandera blanca. Pocos momentos después en una embarcación que salió de su rada y portando bandera blanca, los respetables señores Arturo J. Goodville y Tomás Clark, súbditos ingleses, se acercaron a nosotros y nos manifestaron que la plaza estaba desocupada. Después de este aviso, entramos a Tumaco entre las aclamaciones del pueblo que siempre ha sido liberal. Entre los Jefes y Oficiales que me acompañaban, estaban: Teodosio y Rubén Salinas, Bernardino Ortiz, Víctor Guerrero, Fernando Cortés, Leopoldo Valdés, Alejandro Mosquera, Jorge E. Gálvez, Juan Ortiz, Eladio y Alejandro Pérez R., Gabriel Rodríguez Caldas y otros más que vinieron de Barbacoas. Ya por falta de dinero para sostener la gente, ya por carencia de armas, pues las pocas que teníamos eran de mala calidad y estaban desprovistas de pertrechos, hubimos de fracasar, como a los veintidós días, atacados por «La Boyacá» al mando del Coronel Manuel S. Caicedo, a quien no le acepté la capitulación que me propuso y salí con mi gente para buscar refugio en las fronteras del Ecuador».

Durante ese tiempo, de relativo reposo, Temístocles Díaz que, fué un espíritu selecto, ideó, y con la laboriosidad que lo distinguía, elaboró una clave de signos, para usarla en la correspondencia escrita de nuestra campaña, la misma que dada a conocer en otros campamentos liberales, se aprovechó con buen suceso.

Así las cosas, ancló en el puerto fluvial de Esmeraldas, procedente de Limones, una pequeña goleta denominada «Tunguragua», capitaneada por su dueño el viejo marino liberal, Pioquinto Garcés, quien puso en manos del

doctor Chaux unos pliegos enviados por Roberto Payán, en los cuales éste informaba que estaban listas de un todo, las embarcaciones cuya consecución se le había confiado, inclusive la «Tunguragua», en la cual podíamos avanzar hasta el lugar en donde él se encontraba. Preparados como lo estábamos para adelantar la marcha tan pronto como se ordenara, puesto que oportunamente nos habíamos provisto de botas, **peinillas**, sombreros adecuados y demás prendas necesarios para la campaña, las cuales las hubimos, mayormente, en el bien surtido almacén de los señores Servat & Dumerest, y el resto en el de los señores Yannuzzelle Hermanos, embarcamos todos los arriba citados, en dicha goleta, en que apenas cabíamos, con rumbo a Limones.

A corta distancia de esa población, hay un banco de arena. Sea porque la noche era muy oscura, sea porque la marea no estaba llena, o por las dos cosas a la vez, el experto nauta Capitán Garcés, despreocupado, no esquivó ese enemigo oculto de su nave, y, consecuencialmente, encallamos. Tan inesperado accidente, nos causó grande alarma, pero el Capitán sin demostrar aspavientos, y con ánimo de tranquilizarnos, dijo: «No corre peligro grave; apenas suba la marea flotaremos nuevamente», y ordenó a la tripulación que se echara al agua y sostuviera la embarcación de ambos lados, para evitar que con el vaivén de las olas, que no eran fuertes, se ladeara, lo que habría acarreado algún riesgo. Obedecieron los marineros y de pie, pues encontraron poco fondo, permanecieron cumpliendo su tarea hasta cuando el agua les llegaba al cuello; y a las primeras luces del día, comenzó a flotar la goleta, que luego ancló sin novedad en el puerto. Ese banco o escollo, según lo oí del Capitán o en el puerto, se denomina: «Canchimalero», si mis recuerdos no andan mal.

IX

Llegada a Limones. — Copartidarios que se nos unieron. — Cómo se denominan en la costa sur del Cauca las embarcaciones menores. — Navegación «por dentro». — Navegación «por fuera». — Buen resultado de la comisión de Roberto Payán. — Cuartel General del enemigo. — General Vicente Micolta C. — Puntos ocupados por las tropas contrarias. — Situación que había que violentar. — Avance hasta «Pianguapí» y «Casas Viejas» — Retirada del enemigo.

Como aparece de la narración hecha por el Coronel Eduardo Ortiz, Jefe del movimiento armado de Tumaco, a grandes rasgos consignada atrás, la mayoría de los Oficiales que lo acompañaron, se había diseminado por las poblaciones y caseríos ecuatorianos, cercanos a la frontera con Colombia cuando, obligados por las causas que él explica, abandonaron aquella plaza. Los que

se habían refugiado en Esmeraldas, ingresaron a la expedición tan pronto como llegamos a esa ciudad. Los que estaban en La Tola, Limones, etc., apenas tuvieron noticias de las labores que adelantaba Roberto Payán en desempeño de su comisión, ocurrieron a Limones, lugar donde él se encontraba: Rubén Salinas, Teodosio Salinas, Bernardino Ortiz, Víctor Grueso, Fernando Cortés, Leopoldo Valdés, Gabriel Rodríguez Caldas y Pío Quiñones, la mayor parte de los cuales se pusieron a órdenes del doctor Simón Chaux, pues por ciertas diferencias surgidas entre el Coronel Ortiz y el General Chaux, aquél y muchos oficiales que lo acompañaron en el levantamiento de Tumaco, resolvieron irse a buscar otro campamento, entiendo que del doctor José Antonio Llorente, por los lados de Pasto.

En los puertos del sur del Cauca, se denominan «Imbaduras», «Potros» y «Potrillos», a las embarcaciones que en el río Magdalena se conocen con los nombres de «Champanes», «Canoas» y «Canoas pequeñas» o «Cayucos». Ahora bien, la costa firme del Pacífico, está resguardada desde La Tola hasta Tumaco, por una serie de islitas, separadas de ella, por pequeños canales que, durante las altas mareas, son navegables por embarcaciones de las clases anotadas. A la navegación que se hace siguiendo esas vías, se le da allá el nombre de «**viaje por dentro**»; y a la que toma la ruta del mar, propiamente hablando, que se verifica con embarcaciones mayores, se le apellida «**viaje por fuera**». Ordinariamente, los habitantes de esos contornos, para llevar a cabo sus operaciones comerciales y aun para otros menesteres, acostumbran viajar de aquella manera. De ahí, pues, que abundan las embarcaciones pequeñas y escaseen las grandes. Tanto por esa circunstancia, como porque era indispensable ocultar nuestra marcha a causa de que la cañonera «Boyacá», solía rondar por esos lugares, los vehículos que Payán había reunido, era de los apropiados para «**viajar por dentro**».

El General Vicente Micolta C., según informaciones de nuestro espionaje, comandaba la fuerzas enemigas; tenía su cuartel general en la ciudad de Tumaco, y, guarnecidos, los siguientes puntos: «Casas Viejas», caserío situado frente al de «Pianguapí», ecuatoriano; «El Congal», ubicado en un brazo del río Mira, que comunica a este con el mar; Cabo Manglares, pequeña población en la desembocadura del mismo río; y «El Descolgadero», otro desagadero del río Mira, que corre en dirección al Pindo — isla colocada al fondo de Tumaco—tan estratégicamente situado por la naturaleza, que se le considera como la llave de Tumaco, ya que es el paso obligado, para llegar al cercano campo donde se puede luchar por la posesión de esa plaza. Tal era, en síntesis, la situación que teníamos que violentar.

Hasta esos días, como queda demostrada, la expedición se componía de Jefes y Oficiales en potencia, si así se puede decir, pues de los copartidarios que en Esmeraldas y en el mismo Limones, voluntariamente solicitaron que se les enrolara como soldados, apenas se admitieron a los que se destinaron al servicio de espionaje. A los restantes, se les ordenó que se calaran al

suelo patrio, para que noticiaran a los amigos de allá, el próximo arribo de la expedición, a fin de que concurrieran a tomar las armas en el lugar que oportunamente se les indicaría.

Demoramos en Limones dos o tres días más, y alegres, entusiastas, optimistas, animados por un noble sentimiento de compañerismo, que fortalecía nuestros pasos, emprendimos **por dentro**, nuestra marcha hacia «Pianguapí», a donde llegamos sin novedad. Desde ese caserío divisamos a «Casas Viejas», pequeña población colombiana que,—ironías del destino— por estar ocupada con fuerzas del Gobierno, teníamos que reputarla enemiga. Atacar esa población sin estudio previo de un plan que asegurase el buen éxito que necesitábamos alcanzar, habría sido imperdonable. De consiguiente, se hacía necesario evitar que sobreviniera un fracaso, cuyas consecuencias habrían sido fatales, pues dadas las circunstancias que nos rodeaban, no las habríamos podido remediar. En esas estábamos, cuando nuestro espionaje trajo la buena e inesperada nueva, de que el enemigo se había retirado de esa posición, en dirección a «El Congal». En consecuencia, inmediatamente ocupamos a «Casas Viejas», donde se nos informó que las tropas del Gobierno la habían desocupado sin esperar nuestro ataque, porque estaban en la creencia de que nuestra expedición era muy numerosa y muy bien armada. Como, según el adagio: «Revolución que no crece, perece», sin pérdida de tiempo, avanzamos hasta la «Bahía» o la «Bocana», que es el punto donde desagua en el mar el brazo del río aludido. Allí encontramos un rancho ocupado por una familia de nativos, cuyo jefe se presentó a poco, acompañado de otros hombres, todos los cuales manifestaron que eran liberales y deseaban tomar las armas como soldados. Supimos que el enemigo se había retirado a «El Congal», con el propósito de hacerse fuerte en ese lugar, que por ser el paso obligado de las embarcaciones menores con las cuales se comunican entre sí los habitantes de Tumaco y sus contornos, con las de Limones y La Tola, es punto muy estratégico. Ante esa perspectiva, como medida preliminar, era cuerdo averiguar la situación de los contrarios, para tomar las medidas necesarias para desalojarlos. De consiguiente, se escogieron dos de los voluntarios que acababan de presentarse para que, sigilosamente, hicieran una exploración al respecto. Cumplido su cometido, informaron que las fuerzas gobiernistas habían desocupado también a «El Congal» y que debían estar en Cabomanglares, según lo supieron. Tales noticias, sin la confianza a que eran acreedores esos exploradores, se habrían tomado con reservas, porque no era explicable lo sucedido. Nos trasladamos a «El Congal», y cuál no sería nuestra sorpresa, al saber que nuestros perseguidos se encontraban a la sazón, nó en Cabomanglares, sino en «El Descolgadero», o sea la llave de la plaza de Tumaco, como queda explicado atrás.

X

Cabomanglares.—**Formación de los primeros batallones.** — **Escala-**
fón de Jefes y Oficiales. — **Expedición a Barbacoas.** — **Combate en**
Barbacoas. — **Comisión a Guayaquil.** — **Viaje de Limones a Esme-**
raldas. — **Boanerges Prado.** — «**Tapaila**». — **Federico Estupiñán.**— «**Ca-**
marones» — «**Ostiones**». — **Río Verde.**— «**Tiaune**».

Libre el paso para Cabomanglares, que era la población apropiada para sentar nuestros reales, interín se diera organización militar a la expedición, la ocupamos tranquilamente.

Las labores desplegadas por los diligentes y entusiastas copartidarios que se calaron al suelo patrio, para difundir la noticia de la próxima llegada de nuestra invasión, comenzaron a palpase tan luego como arribamos al lugar donde estábamos acampados, pues además de los voluntarios de que se ha hecho mención, acudieron diariamente muchos otros para enrolarse como soldados, lo que permitió juntar, en pocos días, la tropa suficiente para formar los primeros batallones. En cuanto al escalafón de Jefes y Oficiales, virtualmente, estaba formado de antemano, pues, como se dijo antes, por consenso general, se había designado el personal correspondiente y que fué el que apareció en la Orden General dictada con las formalidades de rigor, por el Comandante en Jefe del Ejército, General Simón Chaux.

Desearía recordar la lista completa de los Jefes y Oficiales que figuraron en la Orden General referida, mas como ese documento fue confeccionado y promulgado hace treinta y nueve años, es difícil conservar en la memoria tantos nombres. De ahí, qua solamente puedo apuntar los de aquellos cuyos nombres y grados recuerdo:

Eladio Pérez R.	Coronel, Jefe de Estado Mayor
Ricardo Gómez	Coronel
Juan Jacobo Restrepo	Coronel
Eladio Ortiz	Teniente-Coronel
Gabriel Rodríguez Caldas	Teniente-Coronel
Temistocles Díaz	Sargento Mayor, Ayud. del Comandante en Jefe
Francisco Galindo	Sargento Mayor
Alejandro Pérez R.	Sargento Mayor
Rubén Salinas	Capitán
Teodosio Salinas	Capitán
Roberto Payán	Capitán
Roberto Uribe	Capitán
Alejandro Mosquera	Capitán, Jefe de la Banda de Cornetas
Laureano Gasca	Capitán
Francisco Eladio Cervantes	Capitán, Ayud. de la Comandancia en Jefe

Domingo S. de la Rosa	Capitán, Ayud. de la Comandancia en Jefe
Samuel Solís	Teniente
Ernesto Plaza	Teniente
Luis Rosero	Teniente
Jorge E. Gálvez	Teniente
Ricardo Armenta Arjona	Teniente
Joaquín Ardila	Teniente
Uladislao Delgado	Teniente
Elías Medina	Teniente
José Antonio Plaza	Sub-teniente
Federico Lince	Sub-teniente Abanderado.

Posteriormente, de acuerdo con el crecimiento del Ejército, se aumentó el número de Jefes y Oficiales, pero por las mismas razones aludidas, no puedo precisar, como desearía hacerlo, los nombres de todos éstos y los grados con que ingresaron a nuestras filas.

Organizados los primeros batallones, se procedió a darles instrucción militar. Entre tanto, se presentó al campamento el entonces Comandante Eduardo Ortiz que, como se sabe, se había separado de la expedición, junto con varios de los jefes y oficiales que lo acompañaron en el levantamiento de Tumaco, de que se ha dado cuenta, con el objeto de proponerle al General Simón Chaux, que le diera armas para ir atacar la plaza de Barbacoas, según se lo manifestó al Coronel Ricardo Gómez, al Comandante Gabriel Rodríguez Caldas y al Sargento Mayor Alejandro Pérez R., con quienes se entrevistó inmediatamente después de su arribo. Gómez, Rodríguez Caldas y Pérez R., a su vez, informaron al Jefe de Estado Mayor del Ejército, Coronel Eladio Pérez R., de los propósitos de Ortiz, a efecto de que tratara el asunto con el General Chaux. Enterado éste de los deseos del Comandante Ortiz, los desaprobó y negó las armas solicitadas; pero lo excitó, por conducto del Jefe del Estado Mayor dicho, para que ingresara nuevamente al Ejército en unión de los amigos que con él se quedaron en Limones. Rehusó esa invitación y seguidamente abandonó a Cabomanglares.

Pocos días después de ese incidente, el enemigo abandonó «El Descolgadero», lo que hizo sospechar que había optado por hacerse fuerte en la plaza de Tumaco y defenderla a toda costa, ya que esa ciudad por su posición geográfica, tiene capital importancia militar.

Este nuevo evento, cambió la faz de los acontecimientos a que estábamos abocados, pues si nos dejaba libre el camino para ir a atacar a Tumaco, en cambio, existía la amenaza de que las fuerzas gobiernistas que ocupaban a Barbacoas, nos atacaran por retaguardia. Se imponía pues, batir a esas fuerzas antes de enfrentarnos al ejército enemigo que defendía a Tumaco.

Barbacoas está situada a orillas del río Telembí, tributario del río Mira y se puede llegar a ella por dos vías. Resuelto y acordado el asalto a esa

ciudad, se dispuso que el grueso del Ejército siguiera a cumplir esa misión por la vía común u ordinaria, conocida con el nombre de «El Arrastradero» que pasa por «Chapul»; y que el resto, tomara por la de «Aguaclara», «Chilbí», «Las Varas», «Guanapí», «El Rosario» y «Chaguí». La marcha se llevó a cabo tranquilamente, pues apenas ocurrieron dos incidentes sin mayor importancia: La captura del Coronel Vicente N. Paz, en un aserradero que tenía en «El Arrastradero», y la incorporación de unos soldados que estaban en el río Ispí.

Tengo entendido, que el Coronel Eladio Pérez R., comunicó al Comandante Eduardo Ortiz, que nuestras fuerzas se iban a mover de un momento a otro, sobre Barbacoas, porque se había resuelto asaltar a esa plaza y que, en tal virtud, lo invitó para que se incorporara otra vez al Ejército, junto con los amigos que lo acompañaban, con el deseo de que todos ellos tomaran parte en esa lucha, pues es lo cierto que Ortiz, si bien no pudo alcanzar a las tropas antes de que llegaran a Barbacoas, se presentó en esa ciudad a raíz del triunfo que allí alcanzaron nuestras armas. El combate duró pocas horas; se tomaron varios prisioneros; y en él, el entonces Sargento Mayor Temístocles Díaz, dió muestras de su espíritu varonil, cuando en actitud serena y valerosa, en un bote, en medio de las balas, fué a hacer cumplir la orden de «cesar los fuegos», que se había dado y que no habían atendido nuestros soldados. Rápidamente regresó el Ejército, mas al llegar al punto denominado «Chapul», tuvo un encuentro con tropas enemigas que iban en el vaporcito «El Morro», al mando del General Vicente Micolta C., Comandante en Jefe de la plaza de Tumaco, con resultado favorable para los nuestros, pues dicho General se vió obligado a refugiarse en los cuarteles de donde había salido.

La poca demora del Ejército en Barbacoas, después del triunfo, disgustó a varios de los Jefes y Oficiales. Llegó a tal punto su desagrado, que resolvieron separarse de las filas. Ellos fueron, entre otros: El Jefe del Estado Mayor, Coronel Eladio Pérez R., el Comandante Eduardo Ortiz, el Comandante Gabriel Rodríguez Caldas y el Sargento Mayor Alejandro Pérez R., que más tarde solicitaron del General Simón Chaux armas para ir a tomarse a Guapi, como efectivamente lo hicieron.

Por esos mismos días, salí de Cabomanglares para Guayaquil, a cumplir una comisión que me fué encomendada por el Comandante en Jefe, consistente en conseguir importantes elementos que se necesitaban para la campaña. La sola vía, por la cual podía encaminarme para cumplir mi cometido, después de la llegada a Limones, era la terrestre que, por la orilla del mar, conduce de esa población a Esmeraldas, puerto donde debía tomar el vapor que me llevara al lugar de mi destino, pues es de advertir, que la costa ecuatoriana en ese trayecto, no está resguardada por islas que permitan, como se ha dicho, «navegar por dentro». Al contrario, está cubierta en gran parte de altas rocas contra las cuales, en la pleamar, estrella el mar vio-

lentamente sus olas, de donde resulta que solamente en la bajamar, se puede transitar por allí, sin peligro. Dadas estas circunstancias, efectué el viaje en la forma acostumbrada, es decir **por dentro**, desde Limones a La Tola, y desde allí, hasta Esmeraldas, a caballo.

Tuve algunas dificultades para conseguir la bestia que necesitaba, pues la única persona que en ese lugar podía alquilármela, era un paisano de apellido Prado, que resultó ser conservador, motivo por el cual, al informarse de mi filiación política, se negaba a sacarme del apuro en que me hallaba, pretextando como recurso final, para afianzar su negativa, que como mi viaje no era de ida y regreso y no tenía a quien encomendar el retorno de la cabalgadura, sería indispensable contratar, por mi cuenta, a un mozo que, a caballo también, me acompañara con tal fin. Aceptadas esas condiciones y pagado por anticipado, como me lo exigió, el valor de los gastos correspondientes, ordenó a un joven que estaba presente, que se pusiera a mis órdenes. «Bien, dije a éste, prepare las bestias para que salgamos en seguida». «El viaje no se puede emprender, me contestó, sino cuando comience la resaca, para poder llegar fácilmente a «Tapaila» y luego salir de allí, también con la vaciante, hasta «Piaune», donde terminará el viaje». «Yo tengo prisa de seguir», le manifesté. «Es indispensable, repuso, hacer esas dos jornadas en las condiciones dichas; de lo contrario, el mar al subir la marea, nos estrellaría contra las rocas que hay en la playa». Ante ese razonamiento, me resigné a esperar la hora de la partida, que emprendimos cuando el mar empezaba a alejarse de la orilla. Mi acompañante, de nombre Boanerges Prado, era un mozo de unos veintidós o veintitrés años de edad, de carácter alegre, decididor, servicial e hijo del paisano señor Prado, que tan esquivo se había mostrado. Al salir de la población, Boanerges me advirtió que debíamos impulsar las cabalgaduras para que, invariablemente, siguieran a pasitrote o en andadura, durante todo el camino, pues si se les refrenara, sería muy peligroso, debido al flujo del mar; y, arriando los caballos, echamos a andar al paso que él me aconsejaba. Llegamos a «Tapaila» sin novedad. Nos hospedamos en una posada cuyo dueño señor Federico Estupiñán, nos preparó un refrigerio y cuidó de nuestras bestias.

Después de largo reposo, continuamos la marcha, pero al acercarnos a «Ostiones» y a «Camarones», dos caseríos situados en las altas rocas referidas, y por cuyas callejuelas teníamos que pasar, me convencí de que, evidentemente, no se podía transitar por esos contornos sino estando seca la playa. En el trayecto que separa a esos caseríos, encontramos un campesino. Venía a pie y fumando. Al acercársenos, percibí un aroma tan agradable como el que despiden los afamados cigarros de «Vuelta abajo», de Cuba que, al parecer, procedía del que él tenía en la boca. Para salir de dudas, le pedí que me permitiera encender un cigarrillo en su cigarro, cuyo humo aspiré y confirmé mi presunción. «Donde—le pregunté—al devolvérselo, consiguió usted ese ci-

garro que huele tan sabroso?» «En una tienda del pueblo»—respondió—indicando con la mano el lugar de donde venía. «El tabaco de la clase del que está fumando este señor — interrumpió Boanerges — solamente se cosecha en esta región, pues el que se dá fuera de aquí, tiene otro olor». Más tarde, se me confirmaron esos datos en Esmeraldas, donde supe a la vez, que por ese puerto se exportaba a Alemania, toda la cosecha de esas valiosas, muy finas y hermosas hojas que, desvenadas, tuve ocasión de verlas empacar. Arrimamos después a Río Verde, pequeña población de donde, a alguna distancia hacia el sur, se abandona la playa para tomar una vereda que conduce a «Tiaune», punto de embarque para atravesar el río a cuya margen está la ciudad de Esmeraldas. Por cierto, que en esa vereda, aun de día, hay tal cantidad de mosquitos, que al posarse sobre los animales y las personas que por allí pasan, las cubren, totalmente, cual si fuera un manto. Así como suena!

Al día siguiente de mi entrada a esa ciudad, tomé pasaje para Guayaquil en un vapor caletero.

XI

Guayaquil. — Sorpresa por mi inesperado regreso. — Conferencias. — Gestiones para dar cumplimiento a mi cometido. — Regreso a Esmeraldas. — Efectos de la marea en el río Guayas. — Peligroso accidente. — Limones. — Juan Micolta, Pablo Isaías Sánchez. — Amarga expectativa. — General Julio Plaza, General José Antonio Ramírez Uribe, Domingo Escrucería. — De nuevo en el campamento.

Mi regreso a Guayaquil causó cierta inquietud en el ánimo de los amigos que eficazmente nos habían ayudado a preparar la expedición, pues como con franqueza me lo manifestaron, conjeturaban que era inexplicable mi inesperada presencia en la ciudad; mas después que los enteré de las ventajas que le habíamos arrebatado al enemigo y de los pormenores de la comisión que se me había confiado, encontraron justificado mi viaje. Aclarado satisfactoriamente ese punto, comencé a dar los pasos conducentes para el cumplimiento de mi importante cometido; y, al cabo de pocos días, finalizadas mis gestiones con magníficos resultados; reembarqué en un vapor caletero con rumbo a Esmeraldas.

El río Guayas, tiene un delta en el cual se estriba la barra de arena que, durante las bajas mareas, impide a las embarcaciones mayores entrar o salir de sus aguas. De donde resulta que es indispensable aprovechar el flujo del mar para salvar ese obstáculo. Desde «Puná», que así se llama el citado delta, hasta un poco más arriba de Guayaquil, es tan ancho y profundo ese río, que lo surcan sin tropiezo vapores de gran calado. Sin embargo, el empuje de las altas mareas hace retroceder su voluminosa corriente a una velocidad

de diez millas por hora; y es de admirar entónces, cómo a medida que va cediendo el curso natural de sus aguas, empiezan a perder la tensión las resistentes cadenas que sujetan con potentes anclas, a los buques surtos en el puerto de Guayaquil, hasta que, arrastrados por la nueva corriente, cambian éstos de frente y adquieren la perdida tensión, dichas cadenas.

El vapor en que tomé pasaje, zarpó del puerto en las primeras horas de la noche. A regular distancia, estaba anclado otro de mayor calado, que se encontraba en la posición arriba descrita, es decir, con la proa en sentido inverso de la marea ascendente. Teníamos que pasar por uno de sus costados, para luego enderezar el rumbo. Al ejecutarse esta maniobra, ya por descuido, ya por impericia del timonel, sucedió que nuestro buque se estrelló contra la proa del otro, con tal violencia, que poco faltó para que se volteara y se hundiera; pero afortunadamente recobró en seguida el equilibrio. De momento no se pudieron apreciar las consecuencias del accidente. Fué a la mañana siguiente, en Puerto Bolívar, en donde amanecimos y demoramos para tomar carga, cuando los pasajeros nos dimos cuenta de que una o dos de las láminas del lado de proa en que recibió el vapor el choque, estaban hendidas cual si hubieran recibido un formidable hachazo, y partida, además, el ancla que tenía suspendida del mismo lado. Poco tiempo después, fondeó en ese puerto el vapor contra el cual chocó el nuestro. No tenía ningún desperfecto, lo que no era extraño, dado que el golpe lo recibió de frente. Aproveché el poco tiempo que duró el embarque de carga, para ir a conocer a Machala, capital de la Provincia del Oro, ciudad que está unida con Puerto Bolívar por un pequeño Ferrocarril que recorre la distancia que las separa, en menos de media hora, según hago memoria.

De Esmeraldas, llevando conmigo los menesteres de mi encargo, seguí a Limones, por agua. Allí me esperaban los soldados-bogas que tripulaban la embarcación en que había salido del campamento y mi ordenanza Juan Micolta, que los comandaba. Juan Micolta, era un hombre joven, tendría a lo sumo veinticuatro años de edad, de mediana estatura, moreno, sobrio, valeroso, diligente y sobre todo, disciplinado.

No teniendo, como era natural, cabal conocimiento de los sucesos que hubieran ocurrido en el campamento durante mi ausencia del mismo, creí prudente tomar algunas precauciones antes de avanzar con la valiosa carga que allá debía entregar intacta. En ello iban la fé depositada en mí y el fructuoso porvenir de la campaña, toda vez que para darle intensidad, eran indispensables los elementos de que era portador. Exponerlos al menor riesgo, habría sido indisculpable. En tal virtud, comencé por solicitarle a don Pablo Elías Sánchez, honorable comerciante radicado en Limones, de cuyos servicios estábamos agradecidos de antemano, que me permitiera depositar en su almacén los bultos acabados de desembarcar, como con su venia así se hizo. Luego, empecé a recoger datos que pudieran ilustrarme sobre el particular

Estando en esa labor, repentinamente, puso en mis manos el General Julio Plaza, que acababa de llegar del campamento, una comunicación suscrita por el General José Antonio Ramírez Uribe, como Jefe del Estado Mayor del Ejército, por medio de la cual se me ordenaba, de manera perentoria, que entregara a aquél parte del cargamento aludido. Lo acompañaban varios soldados y su fiel ordenanza Agustín Vásquez.

Las consideraciones anotadas; la ignorancia en que estaba de que el General Plaza hubiera ingresado al Ejército apesar de los censurables acontecimientos que determinaron su involuntario regreso de Esmeraldas; el desconocimiento absoluto que tenía de que el General Ramírez Uribe, a quien entonces ni siquiera conocía, ocupara el alto cargo de que daba cuenta el citado oficio; y, más que todo, el recuerdo de los desgraciados incidentes, ya conocidos, que pocos días antes habían dado origen a cierta escisión en nuestras filas, sembraron en mi espíritu graves dudas que era urgente aclararlas para formar criterio con respecto a las disposiciones que se me ordenaba cumplir.

Ahora bien, como no podía, sin causarle agravio, hacer confidente de mis dudas a Julio Plaza, amigo de toda mi estimación, quien por otra parte, me pedía que lo despachara cuanto antes, con sigilo y en volandas, envié a la Comandancia en Jefe, una solicitud en el sentido de que se me ratificara la orden en cuestión que, sin ese requisito, creía de mi deber no cumplirla. Esa mi actitud, como es obvio, no podía achacarse a rebeldía; revelaba por el contrario, acatamiento a los mandatos del deber, que son indeclinables para toda persona que aprecie su honor, así estén en pugna con los fueros de nobles sentimientos—el de la amistad entre ellos—como era el conflicto en que me hallaba. Para entretener a mi querido amigo el General Julio Plaza, y disimular la gran desazón que me causaba la espera de la respuesta de la Comandancia en Jefe, tuve que apelar, contrariando mi modo de ser, a mil estratagemas.

Si amargas, como nunca las había saboreado, fueron las largas horas que transcurrieron hasta la llegada de la ansiada contestación, inmenso fué mi júbilo al recibir del Jefe del Ejército el oficio en el cual se me autorizaba para dar cumplimiento a la orden cuya ratificación había solicitado y se me decía, a la vez, que por involuntario olvido, no se me había comunicado, oportunamente, la designación del General José Antonio Ramírez Uribe para Jefe de Estado Mayor del Ejército.

Acto seguido, me acerqué a Julio y abriéndole los míos, exclamé con efusión: «Dame tus brazos!» «¿Qué ocurre!» — respondió sorprendido — estrechándome contra su pecho. «Que me siento muy feliz, repuse, porque acabo de sortear el conflicto más grave que puede surgir entre el cumplimiento del deber y la amistad». Enterado de todo lo que había acaecido, con franqueza e hidalguía, volviéndome a abrazar, dijo: «Yo también hubiera hecho lo mismo». Hermoso rasgo, característico del noble espíritu que animó su vida!

Ese mismo día, debidamente despachado, emprendió su regreso al campamento, o mejor dicho, a Tumaco, que ya estaba ocupado por nuestro Ejército, porque los adversarios lo habían abandonado para refugiarse en la isla de «El Morro», como se explicará adelante.

No obstante ese nuevo descalabro, el mar continuaba en poder del enemigo, pues la isla de «El Morro», como se sabe, domina la bahía y el frente de la ciudad de Tumaco. Por tanto la Cañonera «Boyacá» podía libremente pasearse desde Panamá hasta Casas Viejas», lo cual no era mera sospecha, pues cuando aún estábamos en Cabomanglares, nos saludó en una de sus correrías, con disparos de cañón, bien que, sin resultados lamentables, puesto que la única granada que cayó en el poblado, no hizo explosión. En atención a tales circunstancias, resolví seguir a «Pienguapí» con la impedimenta representada por el cargamento que llevaba y demorarme en ese caserío para cerciorarme si era fácil hacer la travesía hasta la costa colombiana e internarme, por las vías conocidas hasta Tumaco.

Dos o tres días permanecí en dicho caserío, consiguiendo los datos que necesitaba reunir para saber si podía proseguir mi camino sin riesgo de ser sorprendido por «La Boyacá», que era tanto como perder el convoy que estaba a mi cuidado. Personalmente, me hice cargo de la vigilancia nocturna del mismo, para evitar cualquier descuido; y de día, confiaba esa tarea al Comandante de la escolta respectiva. Con la llegada de don Domingo Escruceña, importante liberal que venía de Tumaco, cesaron mis temores, pues los informes que él me dió fueron tan favorables y tan ciertos que, sin contratiempos, arribé al lugar de mi destino.

XII

Tumaco. — «El Morro». — «La Viciosa». — «El Pindo». — Combates. Bajas. — Rubén Salinas, Cervantes, Bartolomé Valdés, Fulgencio Cabezas. — Ocupación de Tumaco. — General Vicente Micolta C. — Generales José Antonio Ramírez Uribe y Julio Plaza. — Ascensos. — Emisario al Ecuador. — Irregularidades. — Incidentes. — Una orden imprudente. — Meritoria intervención. — Cañón «Eduvigis». — Doctor Temístocles Rengifo V., doctor Rubén Paz, Efraín Llorente, doctor Benjamín Núñez Z., Sargento Oyola, Florentino Lemos, General José Cicerón Castillo. — Nuevos ascensos. — Isla del Gallo.

La isla de Tumaco, asiento de la importante ciudad del mismo nombre, tiene al frente la isla de «El Morro»; a la izquierda, «La Viciosa»; y al fondo, «El Pindo». El canal que la separa de la primera, da acceso a vapores de regular calado; los de la segunda y la tercera, solamente son navegables

por embarcaciones menores en las altas mareas, pues durante la resaca, escasean tanto sus aguas, sobre todo entre «El Pindo» y Tumaco, que esa distancia se le puede vadear.

Como queda asentado, a raíz de la victoria de Barbacoas regresó el grueso de nuestro Ejército, con el fin de acelerar el ataque a la plaza de Tumaco, en el cual estaban concentradas las fuerzas enemigas comandadas por el General Vicente Micolta C.

Dada la situación especial de esa plaza y los medios de que se disponía para la movilización de la tropa, que no eran otros que embarcaciones menores impulsadas con remos y palancas, se dispuso que ese asalto se llevara a cabo desde la isla de «El Pindo», habida consideración por otra parte, de la facilidad con que se vadea el canal entre esa isla y la de Tumaco. Según ese plan, el combate debía comenzar desde las playas de «El Pindo», tan pronto como empezara el reflujo del mar, e ir avanzando al par del descenso de las aguas, para poder cruzar el lecho o madre del canal, que separa las dos costas vecinas entre sí, y vencer a los contrarios en sus propios campamentos.

Obrando dentro de esas instrucciones, nuestras tropas con ardor y entusiasmo, rompieron los fuegos contra los contrarios, que correspondieron al ataque con igual denuedo. Para alcanzar el triunfo que se perseguía, precisaba, de nuestra parte, entablar la lucha cuerpo a cuerpo; mas a esa finalidad no se podía llegar sino andando con alguna celeridad, a que se oponía la baja marea, pues como es sabido, ese fenómeno se efectúa lenta, muy lentamente. Tal dificultad, sin contar las otras que de por sí surgen en las contiendas armadas, impidió que el combate rindiera el resultado deseado, porque sobrevino la creciente de la marea, antes de que se hubiera llegado a la orilla en donde se pensaba batir a los contrarios. El movimiento ascendente de las aguas, impuso el retroceso al punto de partida, y, doloroso es recordarlo, fueron arrastrados por las olas — no hubo tiempo para recogerlos — los cadáveres de algunos de los nuestros que valerosamente perdieron la vida en esa jornada, de la cual no salieron mejor librados los adversarios, como que también tuvieron muchas bajas, figurando entre ellas la de uno de sus Oficiales que, temerariamente, se paseaba de un punto a otro de su línea de fuego, en los momentos más ardorosos de la pelea, pero que, cuando ileso, se retiró al límite interior de la playa, teatro de sus imprudencias, una bala nuestra le quitó la vida.

En las mismas condiciones y casi con los mismos resultados anteriores, se repitió pocos días después, el ataque contra el Ejército que defendía la plaza cuya conquista era uno de los principales objetivos de nuestra campaña.

Lamento no recordar los nombres de todos los abnegados copartidarios que cayeron para siempre, en esas dos lides, para que las nuevas generaciones, verdaderamente liberales, pudieran rendir a su memoria el respeto y la gratitud que les son debidos. Así, pues, apenas puedo citar los de los siguientes

Jefes y Oficiales: Rubén Salinas, Bartolomé Valdés, Fulgencio Cabezas y Cervantes.

Casi con los mismos resultados, repito, porque aconteció que el enemigo, terminado el último encuentro, aunque no se había logrado arrollarlo, inesperadamente, abandonó sus posiciones y se refugió en la isla de «El Morro», noticia que hubiera causado perplejidad, si su evidencia no hubiera estado respaldada por la seriedad de los amigos que se apresuraron a comunicarla, y, que a la vez, solicitaron a nombre del liberalismo tumaqueño, que cuanto antes entraran nuestras tropas a la ciudad, donde ansiosamente se deseaba que flameara, victoriosa, la bandera liberal. Sin dilación, se dieron los toques de marcha reglamentarios, y entre delirantes aclamaciones de multitud de personas que no cesaban de dar vivas al partido liberal, al compás de alegres dianas de las trompetas de guerra, fué ocupada la plaza de Tumaco.

La cercanía de las posiciones del enemigo — nos separabá una distancia de mil quinientos a dos mil metros—le permitía tirotearnos a su antojo y así lo hacía, por lo que fué necesario, desde el mismo día de la ocupación de la ciudad, establecer un verdadero servicio de campaña.

Los Generales José Antonio Ramírez Uribe y Julio Plaza, habían sido reconocidos como Jefe de Estado Mayor y General de Brigada, respectivamente, con antelación a los últimos hechos de armas. Vino enseguida la reorganización del Ejército, y en la Orden General correspondiente, aparecieron los ascensos con que fuimos favorecidos varios de los Oficiales, clases y tropa, que desde un principio habíamos empuñado las armas; y la designación que se les dió de acuerdo con los grados que les fueron otorgados, a los que ingresaron con posterioridad a la campaña. Entre los primeros, que yo recuerde,—y es mucho recordar, pues estos apuntes y los sucesos a que en ellos me refiero, ocurridos hace cerca de ocho lustros, los escribo de memoria,— figuran:

Temístocles Díaz	ascendido	a	Teniente Coronel
Teodosio Salinas	„	a	Sargento Mayor
Roberto Payán	„	a	Sargento Mayor
Roberto Uribe	„	a	Sargento Mayor
Francisco Eladio Cervantes,	„	a	Sargento Mayor
Domingo S. de la Rosa	„	a	Sargento Mayor
Samuel Solís	„	a	Capitán
Ernesto Plaza	„	a	Capitán
Luis Rosero	„	a	Capitán
Jorge E. Gálvez	„	a	Capitán
Ricardo Armenta Arjona	„	a	Capitán
Joaquín Ardila	„	a	Capitán
Eladislao Delgado	„	a	Capitán
Elías Medina	„	a	Capitán
José Antonio Plaza	„	a	Teniente

Entre los segundos, se contaban, sin que pueda precisar los grados con que ingresaron a las filas: Juan Ortiz, José Rufino Coronel, Miguel Coronel, Augusto D. Ortiz, Narciso Ortiz Terán, Ignacio C. Salazar, Miguel Angel Pérez, Angel M. Ortiz, Emilio Landázuri, David L. Corella, Leopoldo Valdés, Victoriano Guerrero, Justo Ortiz, Alberto M. Paz, Juan de la Cruz Ferrín, Rafael H. Rosas, Simón Plaza, Julio Mena, Francisco Agudelo, Pedro J. Arizala, Humberto Goult, Segundo Delgado, José Silva, Manselmo Arizala, Aníbal Dósman (Coronel), Milcíades Pérez (Coronel).

El General Simón Chaux que había asumido las funciones de Jefe Civil y Militar de la Costa del Pacífico, implantó en la ciudad un gobierno esencialmente militar, pues no proveyó ningún puesto de carácter civil.

Con los elementos de guerra de que se disponía y la falta de transportes apropiados para movilizar el Ejército, no se podía, de momento, pensar en abrir nuevas operaciones. De consiguiente, todas las actividades se redujeron a tomar las medidas conducentes para librar de un asalto el campamento, que eso y no otra cosa, era en esos días la ciudad de Tumaco, sin descuidar y por el contrario activar, los pasos para conseguir el equipo de que debía dotarse al Ejército para que pudiera continuar sus jornadas. Para dar vida a esos propósitos, se envió a Guayaquil, investido con el carácter de Secretario General de la Jefatura Civil y Militar de la Costa del Pacífico, al Teniente Coronel Temístocles Díaz, designación muy acertada, porque el comisionado aunaba a su prestancia, tacto, prudencia y, sobre todo, edificante celo por el triunfo del partido, lo que pronosticaba que saldría airoso de su delicado encargo. Así lo confirmaron los magníficos resultados que obtuvo y que adelante se conocerán.

Es sabido por los que están bien enterados de la vida militar, que la larga permanencia en ciudades y poblados, relaja la disciplina del soldado, máxime si se trata de tropas colecticias vencedoras, como eran las de que se componía nuestro Ejército; y por lo mismo, no eran de extrañar ciertas irregularidades de que había asomos. Por otro lado, era notorio que el Jefe que nos comandaba adolecía de excentricidades que no cuadraban con sus elevadas y delicadas funciones, verdaderas nimiedades, que algunos Oficiales del Ejército las consideraban como hijas del poco espíritu militar que le achacaban, y que, por ende, menoscababan su prestigio y daban lugar para que, sotto voce, censuraran sus actuaciones.

A propósito, referiré lo siguiente: Una tarde en los momentos en que, como solía acontecer, el enemigo tiroteaba el retén situado en «La Puntilla», o sea el lugar donde estaba ubicada la Aduana del puerto, como movido por un resorte, se ciñó su espada y me ordenó—era uno de sus Ayu-

dantes de Campo—que lo siguiera. Llegamos al punto indicado y parándose, con los brazos cruzados, dando frente a las balas enemigas, permaneció, serenamente, en esa posición, un largo rato, acompañado por mí. No cabe duda que con esa actitud demostró, palmariamente, que era valeroso; mas, en todo caso, era inusitado su proceder e impropio, además, dado su alto cargo en el Ejército, el cual le vedaba alardear así de su valor; y, por tanto, en vez de aplausos, cosechó censuras.

Otra vez, en altas horas de la noche, estando él en su pieza de dormir, desde su lecho, dirigiéndose a mí que me encontraba en otra habitación contigua, junto con sus otros Ayudantes, me ordenó con motivo de que se hablaba en alta voz en el Cuerpo de Guardia que custodiaba la entrada del edificio en que nos hallábamos—el de la Comandancia en Jefe—que bajara y previniera al Oficial respectivo, que hiciera guardar silencio. Así lo hice y después de dar el parte de rigor, me entregué al sueño. Como una hora después, me repitió la orden, pues la conversación se había reanudado. Le dí aviso de que la había cumplido y volví a acostarme. Pero he aquí que, como tercamente volvióse en la guardia a las andadas, me dió esta orden imprudente: «Baje en seguida y dele unos planazos al Oficial de Guardia». Rápidamente me dí entera cuenta de la seria disyuntiva que me creaba mandato tan descabellado, si ha de calificarse acertadamente: cumplirlo o no cumplirlo. Si lo primero, conscientemente aceptaba sus consecuencias que, debía suponerlo, serían muy graves, pues no impunemente podría inflingir ese castigo, que las ordenanzas militares no autorizan y por el contrario rechazan. Si lo segundo, el temor de que cualquier demora de mi parte, se tomara como falta de arrestos y no como vacilación juiciosa, me obligó a cometer ese absurdo. Bajé, pues, las escaleras, acerquéme al Oficial que, con su desobediencia, había originado ese extremo, y, de mala gana, cumplí ese verdadero atropello que, por la prontitud con que obré, no produjo la reacción esperada. Subí a dar el parte de ordenanza y el silencio no se interrumpió nuevamente. En cambio, al otro día, la noticia de lo acontecido la noche anterior, llenó de indignación a la Oficialidad del Ejército, contra el camarada en cuestión, por su actitud pasiva en los momentos en que recibió el agravio, cuyo recuerdo me es mortificante.

Afortunadamente, tan luego como comenzaron a manifestarse las anomalías dichas que amenazaban la moralidad de la campaña, el buen juicio y la comprensión que debían tener primacía sobre cualesquiera otras consideraciones, como lo exigía el bien del partido, impidieron que tomaran mayor trascendencia, lo que habría sido de fatales consecuencias, pues nos habríamos exhibido ante propios y extraños, en la triste condición de los que, aguijoneados por censurable ambición, se arrebatan el mando unos de otros, e indignos por consiguiente, de estima y de apoyo. Contribuyeron a esa meritoria labor con sus prudentes consejos y merecidas influencias, los Generales Julio Plaza



CORONEL TEMISTOCLES DIAZ
(TUMACO 1900)